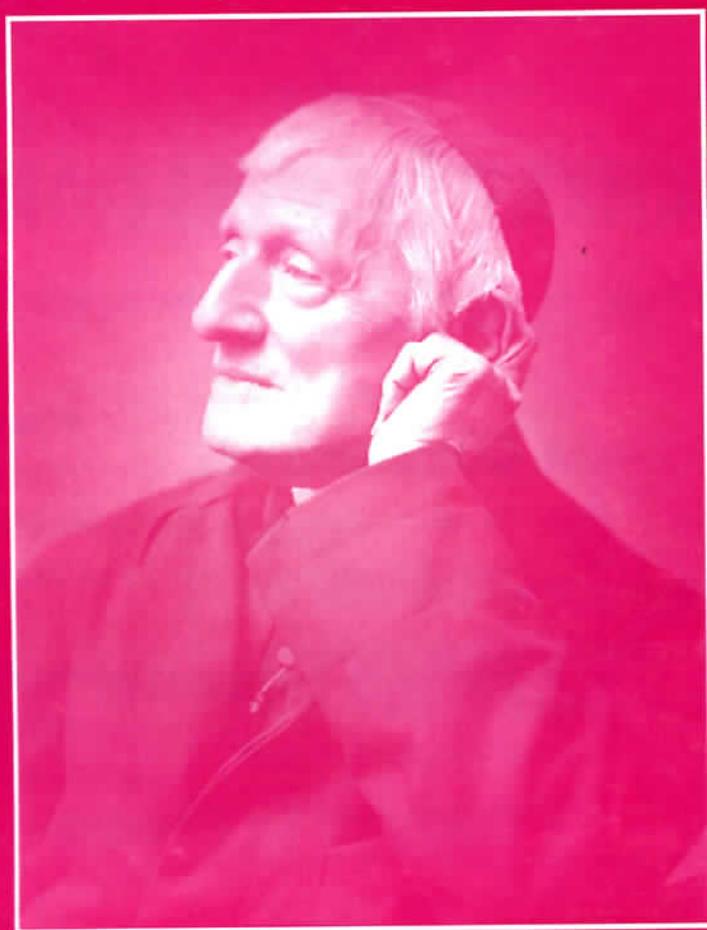


NEWMANIANA

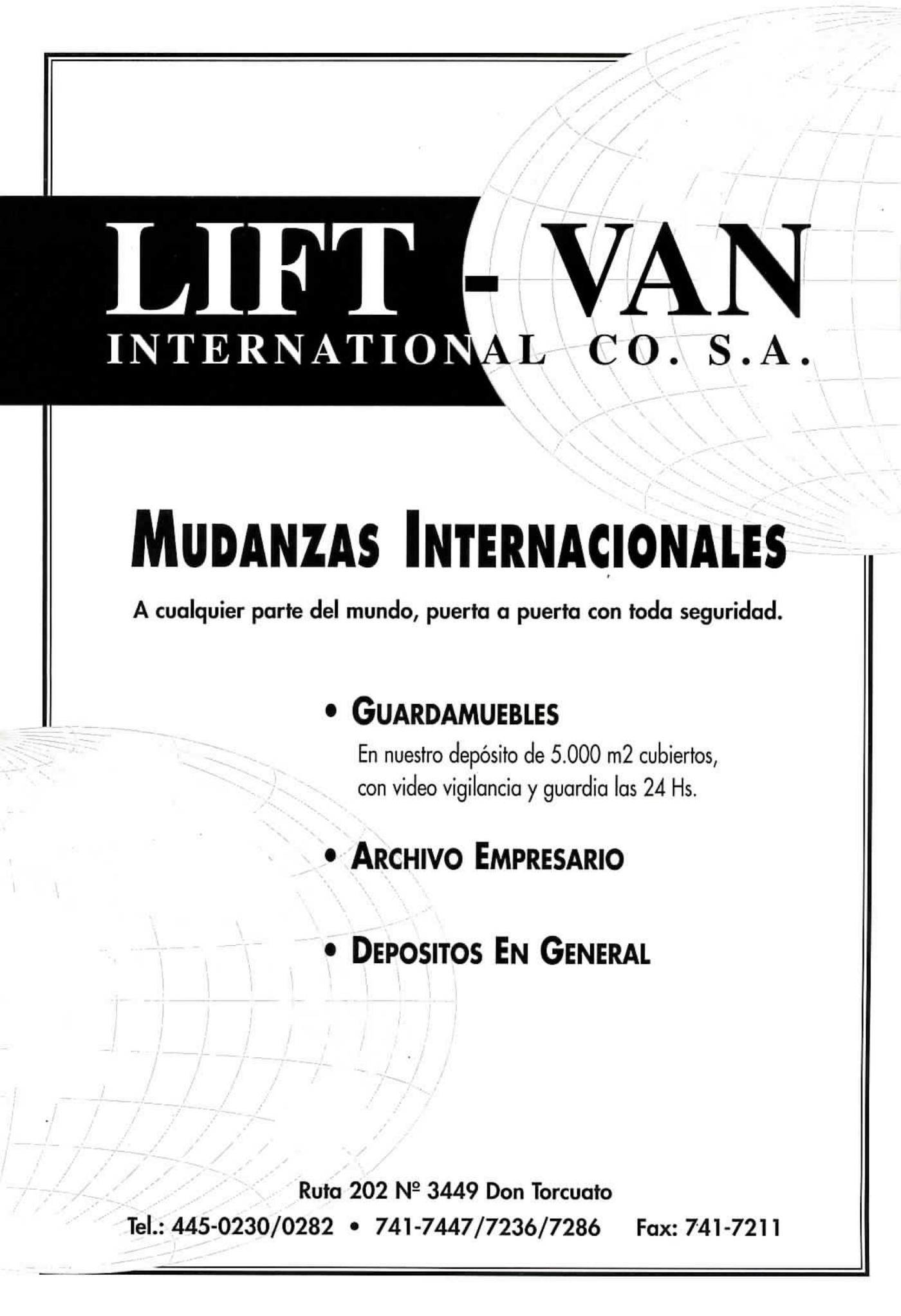
AÑO VIII - NUMERO 25

NOVIEMBRE 1998



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de **AMIGOS DE NEWMAN** en la Argentina



LIFT - VAN

INTERNATIONAL CO. S.A.

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m² cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 445-0230/0282 • 741-7447/7236/7286 Fax: 741-7211

NEWMANIANA



Año VIII - Nº 25
Noviembre 1998

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Sra. María Teresa Richards de Riva Posse
Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Silvia Rodríguez Quiroga

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual Nº 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de
Buenos Aires - República Argentina

Sumario

Editorial

El Papa vuelve a citar a Newman..... 2

IX ENCUENTRO NEWMANIANO: MEDITANDO A NEWMAN

I. Elías, el profeta de los últimos días.....5

P. Fernando María Cavaller

II. Newman, crítico literario.....14

Inés de Cassagne

III. Una poesía de esperanza17

Dr. Jorge Ferro

Sermones

Tres sermones sobre la santidad 18

• **El martirio** (fiesta de San Esteban).....19

• **El amor a los familiares y amigos**
(fiesta de San Juan Evangelista)23

• **La mente de los niños**
(fiesta de los Santos Inocentes)27

Introducción y traducción: P. Fernando María Cavaller

Estudios

Newman y la teología 30

Lic. Silvia Rodríguez Quiroga

El Papa vuelve a citar a Newman

Para quienes estamos atentos a las enseñanzas de Juan Pablo II y, al mismo tiempo, al tanto de lo que se publica sobre la vida y el pensamiento de Newman, nos da la mayor de las alegrías verlo precisamente citado por quien tiene la misión de enseñar universalmente por mandato de Jesús mismo y guiar a la Iglesia e iluminar al mundo entero con su Magisterio. Una vez más el Papa ha citado a Newman en un documento oficial. Lo hizo, aparte de discursos ocasionales, primero en el Catecismo de la Iglesia Católica (cuatro veces citado), luego en la Encíclica *Veritatis Splendor*, ahora en su última Encíclica *Fides et Ratio*.

Sospechábamos que un tema como este, podría incluir a Newman, precisamente como exponente de unión entre la razón y la fe, y más aún, como quien se ocupó expresamente sobre tan importante asunto. Bastaría recordar sus Quince Sermones Universitarios. Los dirigió a la Inglaterra del siglo XIX, donde predominaban dos posiciones antagónicas sobre el problema de la fe y la razón. La primera era la llamada “escuela evidencialista”, que era continuación del iluminismo del siglo XVIII, un racionalismo que obligaba a a todos a convencerse de la verdad del cristianismo mediante un examen de las pruebas o garantías. La otra, mayoritaria,

era la tendencia “evangélica”, relacionada con los “latitudinarios”, y que negaban la necesidad de un contenido doctrinal o dogmático, cayendo en un sentimentalismo religioso, donde la relación entre razón y fe simplemente no existía. Newman perteneció en sus años juveniles a esta última tendencia, pero poco a poco salió de ella, y para cuando escribe estos Sermones se halla en un equilibrio muy infrecuente para su tiempo, propio de mentes grandes como la suya. Era el equilibrio que la Iglesia romana de entonces quería encontrar, rechazando a racionalistas y fideístas por igual, y definiendo a lo largo de casi todo el siglo XIX el verdadero alcance y lo

límites de la razón natural y su relación imprescindible con la fe, hasta llegar los magníficos textos que al respecto se redactaron durante el Concilio Vaticano I en 1870. Newman, por tanto, se enlaza con la gran tradición católica de siempre, y en este sentido preciso es maestro en la cuestión, que volvió a abordar en sermones varios, en su *Ensayo sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana*, y sobre todo, en su *Gramática del asentimiento*. Asimismo, cabe recordar que una vez convertido, y estando en Roma en 1846 para prepararse a la ordenación sacerdotal, bajo la dirección del célebre teólogo jesuita Giovanni Perrone, redactó en latín un prólogo para la edición francesa de sus *Sermones Universitarios*, donde trataba las relaciones entre fe y razón de una manera más completa, desde sus raíces hasta sus consecuencias.

Leamos, entonces, el texto del Papa, punto nº74 de la Encíclica, perteneciente al capítulo VI, titulado *Interacción entre teología y filosofía*. Conviene observar las personalidades patrísticas y medievales que el Papa nombra, y entre quienes ubica después a Newman, así como la conclusión, que pide prestar atención a estos "maestros" y a su "itinerario espiritual", para el progreso en la búsqueda de la "verdad", en bien de toda la humanidad. En este último sentido, esta Encíclica se vincula como una continuación con la anterior, sobre "*El esplendor de la Verdad*", y nos muestra dónde está el gran desafío presente: el relativismo, que el Papa mismo hace derivar aquí en el nihilismo que quita todo sentido a la vida. Así, a la luz de esta gran Encíclica podremos valorar aún más la importancia que viene a tener la figura de John Henry Newman. Dice el texto papal :

*"La fecundidad de semejante relación se confirma con las vicisitudes personales de grandes teólogos cristianos que destacaron también como grandes filósofos, dejando escritos de tan alto valor especulativo que justifica ponerlos junto a los maestros de la filosofía antigua. Esto vale tanto para los Padres de la Iglesia, entre los que es preciso citar al menos los nombres de Gregorio Nacianceno y San Agustín, como para los Doctores medievales, entre los cuales destaca la gran tríada de San Anselmo, San Buenaventura y santo Tomás de Aquino. La fecunda relación entre filosofía y palabra de Dios se manifiesta también en la decidida búsqueda realizada por pensadores más recientes, entre los cuales deseo mencionar, por lo que se refiere al ámbito occidental, a personalidades como **John Henry Newman**, Antonio Rosmini, Jacques Maritain, Étienne Gilson, Edith Stein y, por lo que atañe al oriental, a*

estudiosos de la categoría de Vladimir S. Soloviov, Pavel A. Florenskij, Petr J. Caadaev, Vladimir N. Losskij. Obviamente, al referirnos a estos autores, junto a los cuales podrían citarse otros nombres, no trato de avalar ningún aspecto de su pensamiento, sino sólo proponer ejemplos significativos de un camino de búsqueda filosófica que ha obtenido considerables beneficios de la confrontación con los datos de la fe. Una cosa es cierta: prestar atención al itinerario espiritual de estos maestros ayudará, sin duda alguna, al progreso en la búsqueda de la verdad y en la aplicación de los resultados alcanzados al servicio del hombre. Es de esperar que esta gran tradición filosófico-teológica encuentre hoy y en el futuro continuadores y cultivadores para el bien de la Iglesia y de la humanidad.”

Deseamos a todos los Amigos de Newman desde este n° 25 de Newmaniana, Feliz Navidad, y un año cristiano 1999, vivido en preparación al Jubileo. En este número ofrecemos algunos sermones sobre la santidad como fruto de la acción del Espíritu Santo y sobre la esperanza

cristiana, realidades ambas que el Santo Padres ha pedido se meditaran en el transcurso del año que termina. Permanezcamos unidos en la oración y no olvidemos implorar el milagro para la beatificación de nuestro bienamado Cardenal.



ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

Meditando a Newman...

IX° ENCUESTRO NEWMANIANO

8 de octubre de 1998
en la Parroquia Mater Admirabilis de Buenos Aires

I. Elías, el profeta de los últimos días. (un sermón para la esperanza)

conferencia del P. Fernando María Cavaller

Pertenece a sus Sermones sobre temas del momento (*Sermons bearing on subjects of the day*), XXIV, pp 367-380. Newman predicó este sermón el 12 de diciembre de 1841.

El texto bíblico que encabeza el sermón está tomado del libro primero de los Reyes :

Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahveh en el temblor. Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. (1 Reyes 19, 11-12)

EL TIEMPO DE ELÍAS (el contexto del texto)

La historia de Elías transcurre hacia el 800 a C. Después de Salomón se ha dividido el reino en dos, Judá al sur con el centro de la fe y el culto en Jerusalén, y las otras diez tribus al norte, el reino de Israel, con culto en Dan y Betel y capital en Samaría. Elías aparece durante el reinado de Ajab, quien instigado en parte por su mujer Jezabel, de origen fenicio, ha permitido el culto idolátrico a los Baales, los dioses paganos. Elías, después de dejar en evidencia quién es el verdadero Dios, mata a los cuatrocientos sacerdotes de Baal en el monte Carmelo. Luego es perseguido por Jezabel y debe huir. Camina al monte Horeb, donde Moisés había hablado con Dios. A este momento pertenece el texto que encabeza el sermón. Luego Elías pasa su misión al profeta Eliseo. Ajab muere, lo suceden otros reyes, pero la infidelidad continuará hasta la toma de Samaría en 721 por



los asirios. Un siglo después caerá cautiva Judá. Los profetas son los que predicán en este tiempo la fidelidad a Yahveh, y por ello son perseguidos.

EL TIEMPO DE NEWMAN (el contexto del sermón)

Mil ochocientos cuarenta y uno fue uno de los años más sufridos en la vida de Newman. En febrero publicó el Tract 90, intentando demostrar que los 39 artículos del credo anglicano estaban redactados flexiblemente, eran incompletos en sus formulaciones y ambiguos en su sentido, y por tanto exigían una interpretación adecuada, que debía estar de acuerdo con el sentir de la Iglesia católica. Newman quería decir que los artículos censuraban lo que él llamaba corrupciones populares del catolicismo, pero admitían las doctrinas católicas, y como habían sido redactados antes del Concilio de Trento, no podían ir dirigidos contra el mismo. La publicación causó una tormenta. Se habló hasta en la Cámara de los Comunes, y fue comentado en la prensa nacional. El vicedirector, los presidentes de los Colleges y los proctors de la Universidad condenan

Elias invoca la asistencia de Dios y al instante desciende fuego del cielo

el tracto como contrario al espíritu y la letra de los estatutos de la Universidad, que exigían la adhesión a los artículos en su sentido original. Según Newman no era el que se le daba, de corte calvinista protestante. Newman se declara autor del tracto (ya que iban siempre sin firma), dirige una carta al obispo de Oxford y se retira a Littlemore en silencio. Allí traduce a San Atanasio.

Pero desde julio a octubre de ese año recibe, como dice en la Apología, "tres golpes que me destrozaron". Primero, en su estudio: en la historia de los arrianos encontraba el mismo fenómeno en forma mucho más atrevida que en la historia de los monofisitas...los arrianos puros eran los protestantes, los semiarrianos los anglicanos y Roma estaba ahora en lo que fue entonces. La verdad no está en la "vía media", sino en lo que se llamó "partido extremo". Segundo, en su vida eclesiástica: "Uno tras otro los obispos comenzaron a acusarme. Era un movimiento formal y determinado...Yo vi en ello una condenación...Al principio pensé protestar, pero luego abandoné la idea por desesperar de lograr nada". Tercero la decisión de Inglaterra conjuntamente con Prusia de consagrar un obispo anglicano que tuviera jurisdicción en Jerusalén sobre anglicanos, luteranos y calvinistas, lo cual era, además de la habitual intromisión estatal en cuestiones eclesiales, una acción indiferentista en materia religiosa, un claro exponente del liberalismo, un ejemplo de falso ecumenismo. Como dice Newman: "En el momento mismo que los obispos anglicanos lanzaban sus censuras contra mí por confesar un acercamiento a la Iglesia católica, que no iba más allá de lo que yo creía que permitían los formularios anglicanos, ellos fraternizaban, por otro lado, por sus actos o su tolerancia, con congregaciones protestantes, y permitían que éstas se pusieran bajo un obispo anglicano, sin renunciar a sus errores ni garantizar la debida recepción del bautismo ni de la confirmación. Este fue el tercer golpe que, finalmente, sacudió mi fe en la Iglesia anglicana".

El relativismo o pluralismo teológico comenzaba a dar sus frutos. Hoy ya los vemos crecidos.

Newman, que encarnaba la profundización seria sobre la fe y el bien verdadero de la Iglesia, quedó solo frente a la apostasía nacional, como la había llamado Keble en el sermón de 1833 que dio origen al Movimiento de Oxford. "Quizá la Iglesia anglicana poseyera la sucesión apostólica, lo mismo que los monofisitas, dice Newman, pero actos como los que se estaban llevando a cabo suscitaban en mí la gravísima sospecha, no de que pronto dejaría de ser una Iglesia, sino de que, desde el siglo XVI, había dejado en absoluto de serlo...A partir de 1841 yo estaba en mi lecho de muerte por lo que atañe a mi pertenencia a la Iglesia anglicana, aunque, por entonces, sólo gradualmente me percaté de ello".

Esta certeza gradual se dará en los años que van hasta 1845, pero inmediatamente Newman se da cuenta que Oxford ya no puede ser su sitio, un hogar confortable. Decide marchar a Littlemore, donde ya había acondicionado unas sencillas edificaciones existentes, y se muda en abril de 1842. De modo que el año 1841 es para Newman, primero tiempo de luz que le hace ver la verdad sobre la Iglesia y sobre el mundo de entonces, especialmente el anglicano; segundo, tiempo de persecución por reconocer esa misma verdad públicamente; en tercer lugar, tiempo de exilio y soledad. Sus meditaciones se vinculan en gran medida con la paciencia, la esperanza en los momentos de adversidad, de dificultad, de tribulaciones.

EL SERMÓN

Newman dirigió entonces la mirada hacia el Señor, pero también hacia sus profetas del Antiguo Testamento y su época. Lo muestran los sermones de aquel año. Es esta una ocasión para ver el conocimiento y el amor de Newman por toda la Biblia, al estilo de los Santos Padres, que incluían entre los santos a aquellos patriarcas y profetas antiguos.

En sus **Sermones Parroquiales Sencillos** tenemos, por ejemplo, "La prueba de Saúl", donde analiza con gran penetración el drama de aquel primer rey de Israel y la intervención del profeta Samuel, aplicándola a la vida del cristiano.

"¿Cuántos son los que frente a alguna pena —dice— al buscar los medios o lo necesario, olvidan como Saúl, que su pena, cualquiera sea, viene de Dios, que Dios la puso sobre ellos y que ÉL la removerá a Su modo, si confían en ÉL; y en vez de esperar Su hora, toman su propio camino, su propio mal camino, y apresuran impaciente la hora, y así atraen sobre sí mismos el juicio...cuántos son los que en situaciones desagradables, están tentados de hacer lo que está mal para acabar con ellas, en vez de esperar pacientemente el tiempo de Dios!...son, como Saúl, impacientes y no esperarán. ¿Acaso algunos de nosotros no estamos tentados de ser impacientes en la situación religiosa desventajosa en la que yacemos, y en vez de esperar el tiempo de Dios, y al profeta de Dios, tomar el asunto en nuestras manos, dejar el lugar donde Dios nos ha puesto, y unirse a alguna otra comunión, para tener (como lo esperamos) luz más clara y más plenos privilegios?"

Es explícita aquí la referencia a su situación y al deseo de no abandonar el anglicanismo impensadamente, sino esperar, vigilar y orar. Eso hizo durante cuatro años, hasta que llegó el tiempo de Dios. El sermón es del 4 de julio de 1841.

En los **Sermones en relación a asuntos del momento**, aparecen cuatro del año 1841, predicados durante el Adviento, con una nota que advierte sobre su carácter polémico "en salvaguarda —dice— de la permanencia en nuestra comunión". Precisamente, los sermones intentan por un lado mostrar la grave situación de la Iglesia anglicana, pero por otro ayudar a no dar pasos impacientes. Newman temía por entonces que siguieran las defecciones hacia Roma (conversiones por supuesto) e invitaba a la esperanza. Por supuesto él mismo daría luego el paso, pero en el tiempo querido por Dios. La lección que nos da es sobre la paciencia del que cree y espera. La mirada no hay que ponerla sobre lo que de objetivamente desesperante tuviera la situación del anglicanismo en sí, sino en la actitud de Newman frente a ella. Newman amaba su iglesia anglicana y quería ayudarla desde dentro; su conversión al catolicismo no lo apartó sino que lo movió a orar por ella hasta el fin.

El profeta Elías aparece en el cuarto sermón, del 12 de diciembre. Recordemos que fueron predicados durante el adviento, tiempo de espera de la llegada del Mesías prometido.

TEXTO DEL SERMÓN

Santiago nos recuerda "tomar como modelo de sufrimiento y de paciencia a los profetas, que hablaron en nombre del Señor", y añade precisamente: "Elías era un hombre de igual condición que nosotros; oró insistentemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Después oró de nuevo y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto" (St 5,10,17,18).

Elías fue el primero y en cierto sentido el principio de los profetas, y si bien es tan prominente en el Antiguo Testamento, no lo es menos en el Nuevo, pues ha llegado, como si fuera otra vez, a la Iglesia, en la persona de Juan el Bautista, de quien fue profetizado antes de su nacimiento, que iría delante de nuestro Señor, "con el espíritu y el poder de Elías, a dirigir el corazón de los padres hacia los hijos y el de los hijos hacia sus padres", y a quien conmemoramos dos veces en el año, en una orando para que "siguiendo su ejemplo podamos decir constantemente la verdad, reprender enérgicamente el vicio y sufrir pacientemente a causa de la verdad", y en la otra que así como él fue enviado como mensajero a preparar el camino de Cristo, así los ministros de sus misterios deben dirigir "los corazones de los desobedientes hacia la sabiduría de los justos, para que a Su segunda venida seamos encontrados un pueblo aceptable a Su visita".

Así como San Juan es un gran santo en la Iglesia cristiana, y aunque no unido a su comunión en este mundo sino como un "amigo del Novio" tuvo su rango en ella por su martirio, así podemos decir que, con San Juan, Elías también, al menos "en espíritu y poder", y como un modelo, es recibido en el catálogo de los santos, y llega a ser uno de sus "ardientes y brillantes luminarias". Si es verdad, como generalmente se piensa, que la profecía acerca de su llegada no se agota en el Bautista, sino que Elías está aún por venir en su propia persona al fin del mundo, está entonces conectado con la Iglesia de Cristo mucho más tremendamente aún y de una manera especial sobre todos los otros santos antiguos, aunque el fuego del cielo y la matanza de los idólatras pertenezcan exclusivamente al Antiguo

Testamento. "He aquí que yo os envió al profeta Elías antes que llegue el Día del Señor, grande y terrible" (Malaquías 3,23). Como en cierto sentido, todos los días se parecen a ese último día, y Cristo está siempre llegando, y el amor de muchos siempre decayendo y la iniquidad siempre abundando (pues hay siempre aflicción de las naciones con perplejidad y rumores de Cristo en el desierto y en las habitaciones secretas, ¡está aquí!, ¡está allí!), en este sentido Elías está siempre emprendiendo su misión, y en su poder y espíritu deben siempre trabajar los ministros de Cristo. Y en verdad que no ha sido olvidado, ni tampoco su Carmelo, como la historia de la Iglesia cristiana da testimonio.

Consideremos, pues, en este desordenado y triste tiempo en que el cielo es tan oscuro y las estrellas tan escondidas [es invierno], como pastores cuidando y velando su rebaño por la noche, prontos a ser visitados por el Señor, consideremos si la historia de Elías no nos proporciona reglas claras y satisfactorias de cómo debemos "caminar en estos días peligrosos", como debiera suponer el lugar que el Profeta ocupa en la Iglesia cristiana. Y si, como confiamos, las verdades de la religión no están entre nosotros tan terriblemente pervertidas como en el reino de Ajab, veremos que el argumento se hace más fuerte y el ejemplo que Elías nos da más obligado.

No necesito casi decir qué grandes profetas fueron Elías y aquellos que le siguieron, tales como Eliseo, Miqueas, y los hijos de los profetas, especialmente Eliseo, tanto que sus milagros casi anticipan los de nuestro Señor, como una suerte de presagios y primeros frutos de Sus obras poderosas, y como tipo de Sus doctrinas. ¿No había alguna gracia importante difundida en aquellas escuelas, en la cuales los panes se multiplicaron, el aceite no faltó, el fuego bajó desde el cielo, los leprosos quedaron limpios, los muertos fueron resucitados, y hubo uno que fue elevado al cielo sin morir, y otro que después de la muerte recobró la vida por el contacto mismo con sus huesos? ¿No había gracia grande allí donde se predecían hechos futuros y se leían desde lejos los secretos del corazón? ¿No había, casi como en el Evangelio, gracia, allí donde encontramos visitados a los paganos, prefigurados los sacramentos y comenzada la resurrección y la inmortalidad

de la carne? Sea lo que sea que interpretemos por "el espíritu y el poder de Elías", aunque el don de los milagros físicos no sea incluido, como la historia del Bautista nos lleva a pensar, no puede sino ser algo grande; debe al menos tener una grandeza interior secreta, si sus manifestaciones externas fueron desde el principio tan extraordinarias.

Ahora bien, hay un hecho notable que concierne a Elías y sus hermanos: en el Monte de la Transfiguración habló con Moisés acerca de la pasión de su Señor, pero no estuvo en comunión con la iglesia de Moisés durante su vida, ni asistió al culto en el Templo, fue separado de aquellos de quienes es "la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, y los patriarcas, de los cuales también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos" (Rom 9,4-5). Un hecho ciertamente muy notable, que mientras nos da gran consuelo en referencia a esos cuerpos religiosos que hoy están privados de los canales ordinarios de gracia, tiene su parte de estímulo aun para nosotros, que no sin la línea apostólica y la posesión de los sacramentos, estamos separados del gran cuerpo de la Iglesia. Profundicemos en este hecho.

Es ciertamente una providencia muy notable y llena de gracia, que estos grandes profetas, Elías y el resto, hayan sido otorgados a la rebelde Israel, más aún, que ellos mismos, como muestra su historia, no hayan hecho ningún esfuerzo para enderezar lo que estaba tan mal, ni rendido honor al culto mosaico impuesto sobre todos los descendientes de Israel. Diréis que hicieron milagros. Sin duda, pero eso era de antemano más una razón por la que deberían haber hecho cumplir la estricta obediencia de la ley, y no para silenciarla. Escuchad lo que Moisés les había dicho: "Cuando paséis el Jordán y habitéis en la tierra que el Señor vuestro Dios os da en herencia, cuando El os haya puesto al abrigo de todos vuestros enemigos de alrededor, y viváis con tranquilidad, llevaréis al lugar elegido por el Señor vuestro Dios para morada de su nombre todo lo que yo os prescribo: vuestros holocaustos y vuestros sacrificios, vuestros diezmos y las ofrendas reservadas de vuestras manos, lo más selecto de vuestras ofrendas que hayáis prometi-

do con voto al Señor" (Deut 12, 10-11). "Tres veces al año se presentarán tus varones delante del Señor Dios" (Ex 23,17). "Todo esto que yo os mando, cuidaréis de ponerlo por obra, sin añadir ni quitar nada" (Deut 13,1). Si Dios envió un profeta con el poder de hacer milagros, esto era una razón por la cual el profeta debía ser especialmente rígido en su observancia de la Ley del Maestro que lo envió. Dios envía sus profetas para guardar la Ley, no para quebrantarla. El que la daba debía ciertamente recordarla, y un profeta debía ser Su instrumento en recordarla, o en modificarla, o en desarrollarla, pero mientras la Ley continuaba era por cierto "magnífico y honorable" no descuidarla. Considerad el ejemplo de nuestro Salvador, y entenderéis lo que digo. El vino con milagros más grandes, era el dador y el Señor de la Ley, y sobretodo, vino verdaderamente a suplantarla, no obstante lo cual ¡qué reverente fue con ella, cuán sumisamente obedeció, Sus propios mandamientos! Subía continuamente al Templo y mandaba a sus oyentes que obedecieran a quienes estaban sentados en la cátedra de Moisés, envió a los que curaba a presentarse a los sacerdotes, pagó el tributo del Templo, no destruyó hasta que hubo ganado (por así decir) el derecho a destruir en aquello que había plenificado. No hasta que pudo decir "todo está cumplido" se rasgó el velo del Templo en dos. Los milagros, pues, y el oficio de un profeta, no son garantía ninguna, como nos muestra el más Santo, para no observar la Ley de Dios. ¿por qué entonces El dispensó de esta obediencia en el caso de Elías? ¿Por qué no escuchamos acerca de Elías subiendo a Jerusalén tres veces al año? ¿Porqué no honraba a los Sacerdotes y al servicio del Templo? Hasta en la última edad del judaísmo, nuestro Señor dijo a la mujer samaritana, "la Salvación viene de los judíos" (Jn 4,22), y aun así Elías y Eliseo, y sus hermanos, consienten en los desórdenes que los rodeaban, y se esfuerzan más por hacer lo mejor con las cosas como están, que volver a una disciplina religiosa que había muerto.

Por supuesto actuaron por mandato de Dios. El puede dispensar sus leyes cuando le place, tanto como abrogarlas. Las dispensó en ese tiempo así como las abrogó después, pero la extraña circunstancia es que debiera dispensarlas. Observemos los hechos como fueron: Dios eleva a Elías

para una obra definida, y solo para eso, ni más ni menos. Primero, el profeta en persona ejecuta la sentencia divina sobre los sacerdotes de Baal; luego se le ordena ungir a Jehú para la misma obra, propósito que Eliseo llevó a cabo. Pero no hizo más; su misión se limitó a eso. ¡Qué diferente de nuestro modo usual de ver las cosas! Nosotros estamos acostumbrados a decir que nada está hecho a menos que todo esté hecho. Pero los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ni sus caminos los nuestros. Elevó a profetas y los dotó con poder milagroso, para realzar la mitad de una obra; no para curar la división de los reinos, sino para destruir la idolatría; no para restaurar la unidad externa, sino para reprimir la incredulidad interna; no para volver sobre los pasos de los errantes, sino para guardarlos de errar más lejos.

Lo que hace más extraña esta providencia, es que un retorno al servicio del Templo parecería haber sido, en este caso particular, el verdadero remedio de los excesos idólatras. El reino de Israel se había establecido en la idolatría, las diez tribus habían llegado a ser idólatras "por" dejar el Templo, y hubieran dejado de serlo retornando a él. La remoción real del error es la exhibición de la verdad. La verdad "suplanta" al error. Cerciorarse de la verdad es poner fin al error. Pero Elías actuó de otra manera: sufrió que la gente permaneciera donde estaba, trató de reformarlos "en" ese estado.

Ahora bien, por qué esto fue ordenado así no lo sabemos. Puede ser que cuando una vez un pueblo va mal no pueda volver sobre sus pasos; o que hubiera mucho mal en aquel tiempo también en Judá, de modo que intentar la reunión hubiera sido poner un pedazo nuevo en un vestido viejo, y que de haber tenido efecto habría sido un triunfo hueco e irreal; o que tales obras buenas tienen una suerte de curso natural, y que la obra más cercana debe hacerse primero y luego aquella que es lejana, removida, y que los hombres deben deshacer sus pecados en el orden que los cometieron, y entonces, como el rechazo del Templo fue el pecado de Jeroboam y el culto a Baal el pecado de Ajab, debían ir hacia atrás de Ajab hasta Jeroboam. Pero cualquiera fuera la razón, el hecho es que Elías y Eliseo dejaron al pueblo enerrado en ese sistema, si así se puede llamar, en el

cual lo encontraron, y buscaron más enseñarle su obligación que restaurarlos en sus privilegios. Así había sido con los israelitas en el desierto, cuando después de escuchar el mal informe acerca de la tierra prometida y murmurara, fueron condenados a vagar errantes fuera de sus límites, pero no abandonados de la columna de nube, y fueron rechazados en su intento presuntuoso de luchar contra el enemigo y forzar un paso, y enseñados de agotar los tristes días de sus años de peregrinaje en la paciencia. Así fue con Baalam, que cuando tentó a Dios le fue ordenado ir con los enemigos de Israel, aunque con el enojo de Dios sobre él porque fue. Así sucedió con el santo David, que esperó alegremente hasta el final de los años durante los cuales debía ser un errante por las montañas, y gritar: "¿Cuándo llegaré ante la presencia de Dios?". No fue así con Jeroboam, aunque debería haber sido, pues perdió la paciencia y no esperó la promesa, y se apoderó del reino antes del tiempo prefijado, y entonces perdió esa comunión con Jerusalén que Elías no intentó restaurar. Pero fue así también con el bien amado Daniel, que en la corte pagana llevó la vida de un santo y fue visitado por ángeles, cuando podría haber mirado hacia el Templo. Bien pueden también ser las escuelas de los profetas un "ejemplo de sufrida aflicción y de paciencia", contentarse con no pasar el Jordán sino morir en el desierto, alimentar a su pueblo meramente con los elementos de la verdad, con "leche y no con carne", mientras significaban oscuramente la doctrina del Evangelio, pues había envidia, contienda y división entre ellos, eran carnales, y no podían soportar el alimento de los hombres y los ángeles. Por eso, los profetas se conformaron con hacer cumplir, no las obligaciones eclesiásticas, sino los Diez Mandamientos, enseñando el primero y el segundo a las multitudes sobre el monte Carmelo por el juicio a los sacerdotes de Baal, el tercero a aquellos que ordenaron al "hombre de Dios" bajar de la montaña y fueron enseguida castigados con fuego venido del cielo, el quinto a los niños pequeños que gritaron "cabeza calva", el sexto, el séptimo y el noveno en los juicios sobre aquella que mató a Nabot y cuyas prostituciones fueron tantas, y el octavo y décimo sobre Ajab que codició la viña y la tomó; no enviando a la sunamita a Jerusalén, ni

anhelando un prosélito en Naamán, sino haciendo que los paganos temiesen el nombre de Dios y probándoles que había un profeta en Israel.

Sí, ciertamente, los Diez Mandamientos fueron el tema apropiado de la predicación de un profeta en aquellos días, y a Elías le parece mejor estar renovando la comunión con Moisés, si retrocede hasta aquella lección elemental tan solemnemente impresa sobre el agraciado legislador en el desierto, la hora en que en su ayuno solitario escuchó al Señor que pasaba ante él y una voz que decía: "El Señor, el Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por miles, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes" (Ex 34, 6-7). Y por eso, cuando en la época de la cual habla el texto inicial, el profeta Elías para salvar su vida tuvo que huir por miedo a Jezabel, y en su corazón supo que su misión había fracasado, no buscó el reino de David, no honró el precepto de la unidad, no puso el corazón en aquella gloria exterior de los tiempos santos. Pasó por Jerusalén, siguió de largo, por un camino abandonado y estéril, hasta entrar en aquel desierto en el cual los hijos de Israel estuvieron errantes, hasta que llegó al Horeb, el monte de Dios (cf. Mal 4, 4-5). Se fugó a la Antigüedad y no se detendría antes de llegar. Así escuchó las palabras de consuelo que lo reconciliaron con su obra y su resultado. Fue cansado y abatido, pues "los hijos de Israel han abandonado la alianza de Dios, han derribado sus altares y han matado a sus profetas", y Elías fue dejado solo, y quiso morir, porque no era mejor que sus padres. Pero cuando llegó al Horeb, su bondadoso Maestro, el Dios milagroso, le enseñó con las acciones poderosas que recuerda el texto, que a Él se le encontraba, no en público, sino en privado, por notas y señales personales y secretas, de acuerdo a las palabras de una profecía última: "Yo moro en lo excelsa y sagrado, y estoy también con el humillado y abatido de espíritu, para avivar el espíritu de los abatidos, para avivar el ánimo de los humillados" (Is 57,15), o en aquellas palabras de nuestro Señor: "Y no dirán: 'Vedlo aquí o allá', porque el Reino de Dios ya está dentro de vosotros" (Lc 17,21).

Primero hubo un grande y fuerte viento, que rasgaba las montañas y rompía en pedazos las

rocas, y luego un terremoto y después un fuego. ¿Qué es ese viento, sino aquel "impetuoso y poderoso viento" que se escuchó el día de Pentecostés? Y qué terremoto sino aquel "sacudón del lugar donde" los Apóstoles "estaban reunidos" cuando habían orado, y qué fuego sino aquellas "lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos"? Y el viento siguió adelante por todo el mundo, y lo limpió de los ídolos, e insufló vida en los huesos muertos y los hizo vivir. Y el terremoto siguió, y los reinos de los hombres fueron quitados, y el oro y la plata y el bronce y el hierro cayeron destrozados y "quedó pulverizado todo a la vez, y quedaron como el tamo de la era en verano, y el viento se lo llevó sin dejar rastro" (Dn 2,35). Y luego vino el fuego, cuando la luz de la Iglesia ardió intensa y manifiesta como llama de fuego en la zarza, atrayendo por su brillo a todos los que pasaban. Y ahora ha llegado el tiempo de silencio, como el tiempo de Elías, cuando el amor de muchos se ha enfriado y la verdad y la antigüedad han sido abandonadas. Es, pues, ciertamente misericordioso leer en esta visión concedida al Profeta de los últimos días, que después de todo Dios no estaba en el viento ni en el terremoto ni en el fuego, aunque obraba a través de ellos, sino que Su vida y Su palabra, nuestra Esperanza y nuestra salvación, "la Palabra injertada, que es capaz de salvar nuestras almas", está "en el susurro de una brisa suave", y que aún en aquel tiempo misericordioso, en el que un ídolo era abiertamente adorado, Dios había reservado ante Él un resto y había obrado por Elías: "Anda, vuelve por tu camino hacia el desierto de Damasco. Vete y unge a Jazael como rey de Aram. Ungirás a Jehú, hijo de Nimsí, como rey de Israel, y a Eliseo, hijo de Safat, de Abel Mejolá, le ungarás como profeta en tu lugar...pero me reservaré siete mil en Israel: todas las rodillas que no se doblaron ante Baal, y todas las bocas que no le besaron" (1 Re 19, 15-18).

Pensemos bastante, con los profetas de ayer, en ser pacientes, en orar y en esperar. "La oración ferviente del justo tiene mucho poder...La oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante...Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Mirad: el labrador espera el fruto precioso hasta recibir las llu-

Pentecostés, Domenicos Theotocopoulos,
"el Greco" (1540-1614)



vias tempranas y tardías" (St 5, 16b.15.7). Un profeta de Dios estuvo satisfecho, en silencio, pero de todo corazón, de construir el altar de Dios con doce piedras, en memoria del número de las tribus de los hijos de Jacob, sobre la cima árida del monte Carmelo, y no hizo nada más. Se conformó con servir a la viuda y al huérfano, aunque fuera solamente, si así fue, para traer a la memoria sus pecados. Estuvo satisfecho con hacer su obra en su momento, aunque el único fruto de ella fuera que Joram [hijo de Ajab] hablaría con Guejazí de todas las cosas grandes que Eliseo había hecho. Estuvo satisfecho con la reverencia y el afecto de la sunamita en privado, mientras todo el mundo se mofaba de él. Estemos ciertos, de igual modo, tanto como podamos, que,

aunque sean muy grandes los desórdenes de la época presente, y aunque los incrédulos buscan y no encuentran, el Señor Dios de Elías aún se revela a Sí mismo al humilde, al serio de pensamiento y puro de corazón. La presencia de Cristo está aún entre nosotros, a pesar de nuestros muchos pecados y de los pecados de nuestro pueblo. "El espíritu y el poder de Elías" debe ahora estar especialmente con nosotros, pues las señales de su época están entre nosotros. ¿Cuál es el indicio de su venida sino una época reincidente?, ¿cuáles las señales de ese hombre de Dios, sino la oscuridad y la confusión, las amenazas del mal, la dispersión de los creyentes y la defección de los poderosos? "En la senda de tus juicios te esperamos, Señor; Tu nombre y Tu recuerdo son el an-

helo del alma. Con toda mi alma te anhelo en la noche, y con todo mi espíritu por la mañana te busco" (Is 26, 8-9). "Aunque la higuera no volverá a echar brotes, ni habrá que recoger en las viñas, fallará la cosecha del olivo, los campos no darán alimento, faltará el ganado menor en el aprisco, no habrá ganado mayor en los establos, ¡yo exultaré en el Señor, me alegraré en el Dios de mi salvación!" (Hab 3,17-18).

¿Qué otra cosa necesitamos sino fe en nuestra Iglesia? Con fe podemos hacer todo, sin fe, nada. Si tenemos una duda secreta acerca de ella, todo está perdido, perdemos nuestro ánimo, nuestro poder, nuestra posición, nuestra esperanza. Un frío abatimiento y enfermedad de mente, una tacañería y displicencia de espíritu, una cobardía y una pereza, nos envuelve, nos penetra, nos sofoca. Que no sea así con nosotros. Seamos de buen corazón, aceptemos la Iglesia como el don de Dios y nuestra dote. Imitemos a Eliseo, que cuando iba por la orilla del Jordán...tomó el manto que se le había caído a Elías, y golpeó las aguas, diciendo: '¿Dónde está el Señor, el Dios de Elías?' (2 Re 2, 13-14). Ella es como el manto de Elías, una reliquia de Aquel que ascendió a lo alto.

(Traducción del autor)

CONCLUSIÓN

Nuestra época no es tan distinta a la de Elías y a la de Newman. Idolatrías, apostasía, dolor, persecución, son características siempre presentes, aunque en distinto grado y especie. Pero también es característica siempre presente en los cristianos, la esperanza, precisamente en momentos de prueba y sufrimiento. Es una virtud infusa por Dios mismo, que nos aleja simultáneamente de la presunción de Saúl y de la desesperación de Judas, ambos elegidos del Señor, y que nos acerca a los profetas, entre ellos Elías, y Newman mismo, una especie de profeta de los últimos tiempos. Los profetas abren la perspectiva de un nuevo comienzo donde el futuro parecía cerrado, porque ponen la esperanza en la fidelidad, en la misericordia y en la omnipotencia divina. "Tú eres mi esperanza" dice el Salmo refiriéndose a Yahveh, "El es nuestra esperanza" (Col 1,27) dice

San Pablo refiriéndose a Jesucristo. Es precisamente el Apóstol, también solitario y perseguido, que espera por la fe en la resurrección vivir con Cristo (Flp 1,20), es decir la vida eterna (Tit 1,2), la bienaventuranza del Sermón de la montaña. Es él que nos enseña que va unida a la fe y a la caridad, y que "el amor todo lo espera" (1 Cor 13,7), que es anhelo paciente y disciplinado que soporta las tensiones (1 Tim 6,16), que libra del miedo y consuela (Ef 2,12), que da ánimo y fuerza, y protege como un casco (1 Tes 5,8).

Y si queremos buscar en la última gran profecía, la del Apocalipsis, allí encontraremos un inmenso cántico de esperanza cristiana, donde se unen la paciencia y la esperanza frente a las pruebas presentes. Muchos han querido ver precisamente a Elías en uno de los dos misteriosos profetas. Ratzinger dice que en el Apocalipsis "la mano de Dios impide al hombre el último acto de autodestrucción y no permite el aniquilamiento de sus criaturas. Los juicios punitivos, los grandes dolores, no son destrucción, sino que sirven a la salvación de la humanidad. El hombre no es el único autor de la historia, y por eso la muerte no tiene la última palabra. Hay otro autor que es la fuente de la esperanza y que es más fuerte que el miedo. El miedo es reemplazado por el don de temor, que Santo Tomás vincula a la virtud de la esperanza, perfeccionándola al oponerse a la presunción, pues nos da un sentimiento sobrenatural de nuestra impotencia ante Dios y nos empuja a buscar su ayuda. El temor, que Newman mismo une a la esperanza en la poesía que meditó el Dr. Ferro, no se opone a los frutos de la esperanza: la paciencia, la longanimidad, pero de manera especial, la alegría. Como nos enseña San Pablo: "Vuestra caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndoos al bien; amándonos cordialmente los unos a los otros ...con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración...Que el Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo" (Rom 12,9-12 ; 15,13).

Por ello el Papa nos pide que este año meditemos en la Persona del Espíritu Santo y en la esperanza, como preparación al Jubileo. Que Newman nos haya ayudado a hacerlo. ✠

II. Newman, crítico literario

(en cartas a Emily Bowles)

El Oratorio, 10 de enero de 1874

Mi querida Hija:

He leído con gran placer tu cuento. Ante todo me complació que Smith & Elder te lo aceptaran, pues, si aceptan, uno, quizás aceptarán otro, que espero escribas. En segundo lugar doy por descontado que (Smith & Elder) te compra la edición —es una vergüenza si no te lo paga. Aclarado este asunto, paso al libro en sí.

La mayor falla que le encuentro es que es demasiado corto, y esto es una falla.

Demuestra un admirable conocimiento del distrito en que se desarrolla la escena y de sus peculiaridades, y ese conocimiento es transmitido al lector de la manera más fácil, viviente y atractiva. Pero al ser tan continuo, es un poco cansador. Todo el cuento es una excitación del principio al fin —y necesita más incidentes. El Muselade y Ferrade se parecen demasiado. La muerte de Rambert es abrupta.

Todo eso viene de una misma falla, lo corto que es el cuento. Creo que por esa razón los novelistas avezados como Trollope ponen tramas secundarias. Este recurso obliga a que los sucesos vayan más lentamente, y también da ocasión para la variación y el descanso. Las escenas de Londres, por supuesto, hacen algo en este sentido, pero son demasiado bruscas por su parte.

El personaje de Car está demasiado contado en lugar de ser naturalmente actuado. Los discursos de la abadesa no me parecen muy felices. La evasión inconsciente de Leopoldo del toro al cuerno de Rambert es un recurso violento.

conferencia de la Dra. Inés de Cassagne

No creo que haya nada más que criticar. Ten la seguridad de que no hubiese señalado las críticas si no me hubiera gustado mucho el cuento. Es brillante, interesante y gráfico —pocos cuentos que yo haya leído lo igualan en esto. Espero que sigas escribiendo, siempre que te paguen. Hay justo lo suficiente de catolicismo —no demasiado— aunque me sorprende que Smith & Elder acepten tanto. En una palabra, lo admiro mucho. Afectuosamente, tu John H. Newman

El Oratorio, 18 de enero de 1874

Mi querida Hija:

Estoy un poco asustado por tu silencio, de haber dicho algo demasiado rudo, como para desilusionarte en mis críticas a tu cuento.

Si así fuera, es completamente contra mi intención. Es la gran admiración a tus talentos la que me hace crítico. Creo que tienes pasta para ser tan buena escritora de ficción como Lady G.F. (Fullerton) —lo que significa un gran cumplido— aunque no en su estilo. Espero que no te desanimes y que sigas adelante.

Con el afecto de siempre, tu John H. Newman

El Oratorio, 17 de junio de 1874

Mi querida Hija:

Estuve por escribirte varias veces especialmente cuando con tanta razón te alabaron en el Guardian. Esto me complació, no solo por ser justo y equitativo, sino también porque fue una especie de reparación después de las injustas críticas que te hicieron en otros tiempos.

Con el afecto de siempre, John H. Newman

EMILY BOWLES fue una de las corresponsales asiduas de John Henry Newman.

Era una mujer inteligente y seria, que en su adolescencia se había alejado de la religión y que volvió a ella cuando sus hermanos le dieron los Tractos y la literatura del Movimiento de Oxford. Le impresionaron los poemas de Newman de la *Lyra Apostólica* y quiso conocerlo. Cuando lo oyó predicar en Littlemore, quedó impactada por su elocuencia y su voz –según ella “exquisita”– (¡y no menos por su atenta manera de “ofrecerle pollo” durante la comida que siguió al sermón!). Se convirtió al catolicismo antes que él, en 1843, a los 25 años, en parte por la amistad con una vieja familia católica y en parte por la lectura de una novela –*Geraldine*–, escrita por una católica, Mis Agnew.

Volvió a encontrar a Newman, recientemente convertido, en Oscott, y le impresionó que recibiera lecciones de un sacerdote italiano... Por ese entonces, Wiseman guiaba a las nuevas comunidades de católicos que se iban formando en el centro de Inglaterra. Emily entró en una comunidad religiosa de educadoras, pero no supo adecuarse a ella y al cabo de un tiempo tuvo una grave crisis depresiva. Entonces (1859) le escribió a Newman pidiéndole ayuda y él acudió a verla personalmente a Liverpool. Probablemente por consejo suyo pidió dispensa de sus votos. luego quiso entrar en otra orden, e incluso volver a la primera congregación, pero la superiora de esta le aconsejó aprovechar sus energías y talentos sirviendo a la Iglesia como laica. Es lo que hizo.

Se instaló en Londres en una casita y compartía su tiempo entre escribir y obras de caridad. Dedicaba mucho tiempo visitando una cárcel y un hospital y ayudando a los pobres.

Había elegido a Newman como su guía espiritual y lo llamaba “el Padre”. Mantenían una constante relación epistolar. El la llama siempre “mi querida Hija”. Hay una carta en que dice que le manda dinero para “una clase especial de caridad”: no comida o ropa para los necesitados, sino para “tus caritativas botas, paraguas... etc. y todo el equipo sin el cual una persona caritativa no puede hacer caridad” (LD XXI, p. 456). Esto es índice de la delicadeza y preocupación de Newman por los detalles de la vida cotidiana y por un mínimo de bienestar.

La novelista

En la conversión de E. Bowles al catolicismo tuvo importancia la lectura de una novela de autora católica: *Geraldine*. La novela estaba de moda en la época victoriana, y también gustaban las novelas de temática religiosa, tanto entre los anglicanos como entre los católicos. Aunque Newman se burló en *Loss & Gain* de la manía que tenían ciertas mujeres de leer este tipo de libros, apreciaba sin embargo el bien que podían hacer, siempre y cuando estuvieran bien escritas y no exageraran la temática católica. El mismo Newman escribió dos novelas y estimulaba a las mujeres que conocía y que tenían talento de escritoras. Además leía con interés las novelas que ellas le enviaban y les hacía una crítica cuidadosa. Le parecía importante que la temática católica no apareciese declamada o al estilo de prédica, sino a través de personajes convincentes. Esto era tanto más necesario cuanto los ingleses tenían prejuicios contra los católicos –tendencia a verlos como bichos raros o incluso monstruosos– por lo cual se hacía necesario presentarles gente normal, viviente y auténtica en sus convicciones y prácticas religiosas.

Emily Bowles escribió varias novelas cortas, entre las cuales se destacan dos: *St Martha's House* (o *Work for Women*) y *In the Camargue*.

En la primera –que es en realidad un conjunto de cuentos– refleja su experiencia de visitadora y asistente social, pues describe la obra de mujeres piadosas dedicadas a los pobres, ya enseñándoles, ya atendiéndolos en sus necesidades y enfermedades. Y el libro incluye un apéndice con recetas y consejos prácticos para dicha atención. Se trata, pues, de un testimonio que en su momento ayudó a las mujeres católicas en estas obras de caridad y es, para nosotros, un documento histórico.

La obra a la cual se refiere Newman en las cartas es *In the Camargue*, publicada en 1873. El título indica el lugar donde se desarrolla la acción: la Camargue, zona del sur de Francia. Newman pondera justamente la descripción de este escenario, elegido por la autora para relatar la historia de Noel, una joven de dieciséis años que no acepta el marido que su padre le propone, un tal Rambert, pues se enamora de un pintor inglés, Leopold Morland. La joven pasa por alto las diferencias que hay entre ambos a raíz

de sus distintas patrias y religiones, y se lleva un chasco, ya que el inglés en el fondo se siente superior a las sencillas gentes de la Camargue y tiene una novia en Inglaterra –Car– que no está dispuesta a renunciar a casarse con él. La novelista hace notar la diferencia entre estos personajes engreídos y los granjeros franceses que, en su simpleza, son más genuinos y dignos. Su fe está enlazada con el amor y dedicación a su tierra, a su trabajo, a sus familias. Por su parte, Noel es de las que se enamoran una sola vez en la vida: cuando el inglés la deja, decide consagrar su persona y su herencia a los pobres y enfermos, fundando un hospicio. En ello se reflejan los ideales caritativos de Mrs. Bowles.

En cuanto a la crítica que le dedica Newman a esta obra, es de notar que sabe equilibrar los juicios con objetividad y delicadeza y resultar estimulante en conjunto. Su criterio es eminentemente literario, como corresponde a un cono-

cedor y a un gran escritor. Para él es importante que el mensaje religioso esté volcado en un marco literario de calidad.

Pero no por ello deja de interesarse por cuestiones prácticas, como es el pago que corresponde se le dé a la autora. Estos detalles son característicos en él, así como el de preocuparse si la crítica le ha caído bien o no –como vemos en la segunda carta–. Finalmente, así como en la primera ha expresado su alegría porque una editorial conocida haya aceptado la novela, en una tercera carta, se alegra de la buena crítica que ha recibido de la prensa (en el *Guardian*, 8 de abril de 1874). En suma, a Newman no se le escapa nada: ni lo literario, ni lo humano; con equidad y gran sensibilidad, lo pone todo en su punto.

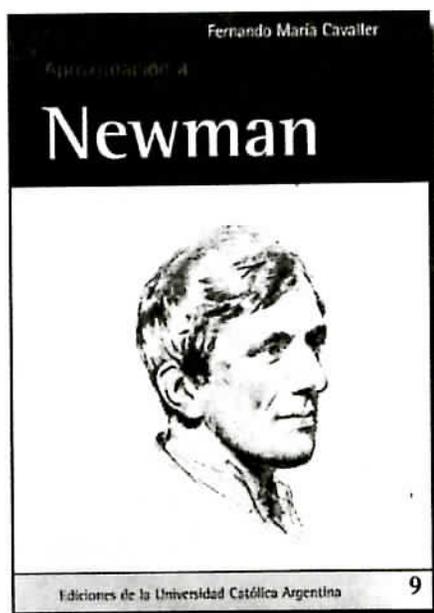
Last but not least, es de notar que ¡el crítico entusiasta tenía entonces setenta y tres años y la novelista a la que anima a seguir escribiendo tenía setenta y seis! ☛

¡NOVEDAD!

Una obra ideal para una auténtica “aproximación” a la vida y el pensamiento del gran cardenal inglés

INDICE DE LA OBRA

1. El hogar familiar.
2. El hogar inglés.
3. La iglesia anglicana: el hogar espiritual.
4. Ealing: el hogar de la primera conversión.
5. Oxford: el hogar de la fe y la razón.
6. Littlemore: el hogar del paso a Roma.
7. La Iglesia Católica: el hogar para siempre.
 - Old Oscott: el hogar de su infancia católica.
 - Roma: el hogar de su juventud católica.
 - El oratorio de Birmingham: el hogar de su madurez católica.
8. El hogar eterno.



EDICIONES DE LA
UNIVERSIDAD
CATOLICA
ARGENTINA



III. Una poesía de esperanza

traducción Dr. Jorge Ferro

La separación de los amigos

*Do not their souls, who 'neath the Altar wait
Until their second birth,
The gift of patience need, as separate
From their first friends of earth?
Not the earth's blessings are not all outshone
By Eden's Angel flame,
But that earth knows not yet, the Dead has won
That crown which was his aim.
For when he left it, 'twas a twilight scene
About his silent bier,
A breathless struggle, faith and sight between,
And Hope and sacred Fear.
Fear startled at his plains and dreary end,
Hope raised her chalice high,
And the twin-sisters still his shade attend,
View'd in the mourner's eye.
So day by day for him from earth ascends,
As steam in summer-even,
The speechless intercession of his friends,
Toward the azure heaven.
Ah! dearest, with a word he could dispel
All questioning, and raise
Our hearts to rapture, whispering all was well
And turning prayer to praise.
And other secrets too he could declare,
By patterns all divine,
His earthly creed retouching here and there,
And deepening every line.
Dearest! he longs to speak, as I to know,
And yet we both refrain:
It were not good: a little doubt below,
And all will soon be plain.*

June 27, 1833, Marseilles.

*Las almas que debajo del altar
esperan su segundo nacimiento,
al dejar sus amigos terrenales
¿no precisan el don de la paciencia?*

*Y no es que la llama de aquel Angel
que guarda el Paraíso
no hubiera oscurecido, por contraste,
todas las bendiciones de la tierra.*

*sino es que la tierra no sabe, todavía,
si el muerto ha ganado la corona
que era su fin.*

*Pues ocurrió, al momento de partir,
junto al ataúd callado,
una escena de crepúsculo.
La tensa lucha entre la Fe y la Vista,
entre el sacro Temor y la Esperanza.*

*Se estremeció el Temor en sus dolores
y en su final cansado;
la Esperanza levantó en alto su cáliz,
y quietas las gemelas contemplaron su sombra,
reflejada en el ojo del doliente.*

*Y así día por día sube por él de la tierra
como un vaho en la tarde de verano
la muda intercesión de sus amigos
hacia el más alto azul.*

*Ah, mi tan querido, una palabra suya
podía desvanecer toda pregunta,
y levantar nuestro corazón al éxtasis
susurrando que todo estaba bien
y tornando la oración en alabanza.*

*Y podía aclarar otros secretos
según claves divinas,
afinando aquí y allá su credo
terrenal, y ahondando cada línea.*

*¡Mi tan querido! Yo sé que como yo él está añorando
conversar, pero ambos aguardamos:
No sería bueno: aquí abajo una pequeña duda,
y todo pronto, todo, estará claro.*

Nota: las últimas trece líneas se agregaron luego del 28 de febrero de 1836, fecha de la muerte de Froude.

Tres sermones sobre la santidad

El año 1998 durante el cual el Papa nos ha pedido reflexionar sobre la Persona del Espíritu Santo, nos acerca por ello mismo al hecho cristiano de la santidad, precisamente el fruto de la acción del Espíritu Santo en nosotros. Sobre la santidad como tal, Newman nos ha dejado muchísimas reflexiones, especialmente en sus sermones, y casi siempre en relación a los santos concretos. En su teología, expresada en ensayos, sermones y poesía, aparecen constantemente las grandes figuras bíblicas, los Santos Padres, y finalmente otros como San Felipe Neri que iluminaron su vida católica. Cercanos ya a la Navidad, ofrecemos a continuación tres sermones que corresponden a las festividades comprendidas entre la gran solemnidad del Nacimiento de Jesús y fin de año: la de San Esteban Protomártir (26 de diciembre), la de San Juan Evangelista (27 de diciembre) y las de los Santos Inocentes (28 de diciembre). Los dos primeros fueron predicados en 1831 y el tercero en 1833, y aunque el primero lo fue un 25 de julio, sin embargo, junto con los otros dos, aparece como una tríada consecutiva en el volumen segundo de los *Sermones sencillos parroquiales*, inmediatamente después del célebre sermón sobre la Encarnación. Cada uno le permite a Newman referirse, como siempre, a la vida del cristiano corriente, animándolo a seguir el camino de la santidad, que es la vocación universal. Así le escuchamos hablar del martirio diario en el mundo actual, de la relación con familiares y amigos como fundamento de la caridad universal y de la infancia espiritual. Nos encontramos con un gran conocedor de la naturaleza humana y de la situación real de la sociedad humana, descriptas con aguda mirada y detalle. Newman mismo aparece detrás, hombre santo, cuyas virtudes heroicas ya han sido ya reconocidas por la Iglesia en el proceso hacia su canonización.

EL MARTIRIO

Fiesta de San Esteban

Parochial and Plain Sermons, vol 2, IV, pp 41-50

Predicado el 25 de julio de 1831

“Ellos fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada” (Hebreos 11,37)

San Esteban, que fue uno de los siete Diáconos, es llamado Protomártir, por haber sido el primero en sufrir la muerte por la causa del Evangelio. Permitidme aprovechar la oportunidad de su fiesta para hacer algunas observaciones sobre el martirio en general.

La palabra mártir significa propiamente “un testigo”, pero se usa para señalar exclusivamente a quien ha sufrido la muerte por la fe cristiana. Aquellos que han dado testimonio de Cristo sin sufrir la muerte son llamados confesores, un título que los primeros mártires a menudo han hecho suyo, antes de su última confesión solemne frente a la muerte o el martirio. Nuestro Señor Jesucristo es el principal y más glorioso de los mártires, habiendo dado “ante Poncio Pilato tan solemne testimonio” (1 Tim. 6,13), pero no lo llamamos mártir, siendo mucho más que un mártir. Es cierto que murió por la Verdad, pero eso no fue el principal propósito de su muerte. El murió para salvarnos a nosotros, pecadores, de la ira de Dios. No fue solamente un mártir; fue un Sacrificio Expiatorio.

El es el objeto supremo de nuestro amor, gratitud y reverencia. Después de Él honramos al noble ejército de los mártires, no comparándolo, ciertamente, con Él, “quien está sobre todo, Dios bendito por siempre”, o como si ellos tuvieran por su sufrimiento alguna parte en la obra de la reconciliación, sino porque se han asemejado más íntimamente al modelo de todos Sus siervos. Han derramado su sangre por la Iglesia, dando cumplimiento al texto, “El dio su vida por nosotros, y también nosotros debemos dar la vida por los hermanos” (1 Jn 3,16). Han seguido sus pasos, y reclaman nuestro recuerdo agradecido. Si San Esteban hubiera temblado ante su juicio y hubiera desertado para salvar su vida,

nadie podría estimar las consecuencias de tal defección. Tal vez, humanamente hablando, la causa del Evangelio se habría perdido, la Iglesia podría haber perecido, y aunque Cristo murió por el mundo, éste podría no haber recibido el conocimiento o los beneficios de su muerte. Los instrumentos de la gracia podrían haber sido destruidos, los sacramentos retirados de la débil y corrupta raza, que tanta necesidad tiene de ellos.

Ahora bien, puede decirse, que muchos hombres sufren dolor, tan grande como el martirio, por la enfermedad y de otras maneras, y que, asimismo, no se sigue que aquellos que han sido martirizados hayan sido siempre los más activos defensores de la fe. Luego, honrando a los mártires, estamos rindiendo honor a aquellos con quienes por cierto podemos estar en deuda especialmente (como en el caso de los Apóstoles), pero que no obstante pueden haber sido solo hombres corrientes, que se encontraron en el lugar más expuesto, en el camino de la persecución, y fueron muertos como por casualidad, porque la espada los encontró primero. Pero esto, claro, sería una extraña manera de razonar en cualquier caso paralelo. Estamos agradecidos a aquellos que nos han hecho favores más que a aquellos que los podrían o habrían hecho, si hubiera sucedido así. No nos incumbe la pregunta de si los mártires fueron los mejores hombres o no, o si otros habrían sido mártires también, de haberseles concedido. Estamos agradecidos con aquellos que lo fueron, por el simple hecho de que lo fueron, de que pasaron por mucho sufrimiento para que el mundo pudiera ganar un beneficio inestimable: la luz del Evangelio.

Pero en verdad, si pudiéramos ver la cuestión consideradamente, descubriríamos que, hasta donde el juicio humano puede decidir en tal



El martirio de San Esteban, Capilla Nicolina, Vaticano

punto, los mártires de los tiempos primitivos fueron, como tales, hombres de una fe muy elevada, no solo nuestros benefactores, sino más aún nuestros superiores. Cualquier objeción como la que he puesto llega a lo sumo a esto: a mostrar que otros que no fueron martirizados podrían ser iguales a ellos (el diácono San Felipe, por ejemplo, igual a su asociado San Esteban), no que aquellos que fueron martirizados no fueran hombres dotados eminentemente con el Espíritu de Cristo. Vamos, pues, a considerar lo que era entonces ser un mártir.

1. Primero, era ser un sufriente voluntario. Los hombres, sufren en varias enfermedades, tal vez, más que los mártires, pero no pueden ayudarse a sí mismos. Además, ha sucedido frecuentemente que los hombres han sido perseguidos por su religión sin haberlo esperado o haberlo podido evitar. Estos, en un sentido son

mártires ciertamente, y pensamos naturalmente con afecto de aquellos que han sufrido por nuestra causa, voluntariamente o no. Pero no era este el caso de los mártires primitivos. Ellos sabían de antemano con suficiente claridad las consecuencias de predicar el Evangelio, habían recibido frecuentes advertencias sobre los sufrimientos que les esperaban si perseveraban en sus trabajos por el amor fraterno. Su Señor y Maestro había sufrido antes que ellos, y además, sufriendo El mismo, había predicho sus sufrimientos expresamente: "Si me han perseguido a Mí, también os perseguirán a vosotros" (Jn 15,20). Fueron repetidamente advertidos y severamente ordenados por los sumos sacerdotes, de no predicar en el nombre de Cristo. Tuvieron experiencia de castigos menores de parte de sus adversarios, en señal de otros mayores, y al final vieron a sus hermanos inmolados, uno por uno, por perseverar en su fidelidad a Cristo. No obstante conti-

nuaron manteniendo la fe, aunque podía ser víctimas de su obediencia cualquier día.

Todo esto debe ser considerado cuando hablamos de sus sufrimientos. Vivieron bajo un continuo juicio, una diaria práctica de fe, que nosotros, viviendo en tiempos de paz, escasamente podemos comprender. Cristo había dicho a sus Apóstoles, "Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo" (Jn 15,20). Considerad qué se entiende por cribar, esto es, una agitación continua, una sacudida para separar la masa de grano en dos partes. Tal fue la temprana disciplina infligida a la Iglesia. Ningún mero golpe repentino vino sobre ella, sino que fue solicitada día a día, en todos sus miembros, por cada argumento de esperanza y temor, por amenazas e incitaciones, a desertar de Cristo. Esta fue la suerte de los mártires. La muerte, sus sufrimientos finales, no fueron sino la consumación de una vida de muerte anticipada. Considerad cuán dolorosa es la ansiedad, cuán irritante y desgastante es estar en constante excitación, con el deber de mantener la calma y firmeza en medio de ella, y cuán especialmente tentadora invitación puede aparecer cualquier perspectiva de tranquilidad en tales circunstancias, y tendremos alguna idea de la condición del cristiano bajo la persecución de un gobierno pagano.

Pongo a un lado por el momento, el peculiar reproche y menosprecio que era la suerte de la Iglesia primitiva, y sus verdaderas privaciones. Considerémoslos solo como hostigados y sacudidos como el trigo en la criba. Bajo tales circunstancias, los corazones más resueltos están en peligro de sucumbir. Podrían acorazarse contra ciertos sufrimientos definidos, o prepararse al encuentro de una crisis esperada, pero se someten a la incesante molestia que les causan la aprehensión de la persecución y la importunidad de los amigos. Suspiran por la paz, llegan gradualmente a creer que el mundo no está tan equivocado como algunos hombres dicen, y que es posible ser muy estrictos y muy amables. Aprenden a contemporar y a ser ambiguos. Primero cae uno, luego otro, y tales ejemplos les llegan como argumento adicional para ceder a aquellos que todavía permanecen firmes, y que, por supuesto, se sienten desanimados, solos, y comienzan a dudar de la rectitud de su propio juicio, mientras que, por otro lado, los que han caído llegan a ser en defensa propia sus tentado-

res. Así es cribada la Iglesia, cayendo el cobarde, permaneciendo firme el fiel, aunque en el desaliento y la perplejidad. Entre estos últimos están los mártires, no víctimas accidentales, tomadas al azar, sino los seleccionados y escogidos, el resto elegido, un sacrificio agradable a Dios por ser un valioso don, la más fina flor de trigo de la Iglesia: hombres que han sido advertidos de lo que les esperaba de su profesión, y tuvieron muchas oportunidades para desistir, pero han "resistido y tenido paciencia y han trabajado por causa del nombre de Cristo y no han desfallecido" (Apo 2,3).

Tal fue San Esteban, no atrapado en una confesión e inmolado (como lo fue) en una emboscada, sino enfrentando valientemente a sus perseguidores, y aguardando su furia, a pesar de las circunstancias que presagiaban la muerte. Y si el martirio en los tiempos primitivos no era la muerte casual e inesperada de los que casualmente profesaban la fe cristiana, menos aún puede compararse con los sufrimientos de la enfermedad, sean mayores o no. Nadie sostiene que el mero padecer un dolor es una gran cosa. Un hombre no puede ayudarse a sí mismo cuando sufre un dolor, no puede escapar del mismo aunque esté deseoso de hacerlo como pueda. Los demonios soportan el dolor contra su voluntad. Pero ser un mártir es sentir que se aproxima la tormenta y soportarla voluntariamente ante el llamado del deber, por causa de Cristo, y por el bien de los hermanos. Y esta es una clase de firmeza que no tenemos modo de manifestar hoy día, aunque nuestra deficiencia puede verse, y se ve continuamente, tan pronto como cedemos (lo cual no es raro) a tentaciones inferiores y ordinarias.

2. Pero, en segundo lugar, el sufrimiento mismo del martirio era en ciertos aspectos peculiar. Era una muerte, cruel en sí misma, públicamente infligida y exhibida por la fiera exaltación de un populacho malvado. Cuando nosotros sufrimos un dolor, podemos a solas descansar en paz, recibimos la comprensión y los servicios bondadosos de los que nos rodean, y si lo deseamos podemos retirarnos de la vista de los otros, y sufrir sin testigo que nos interrumpa. Pero los sufrimientos del martirio eran en su mayor parte públicos, asistidos por todo tipo de ignominia y triunfo popular, tanto como por la tortura. Los

criminales son llevados a la muerte sin pensamientos bondadosos por parte de los espectadores, y aún así, en su mayor parte, reciben piedad y cierto respeto. Pero los primeros cristianos tuvieron que soportar "la vergüenza" a ejemplo de su Maestro. Tuvieron que morir en medio de enemigos que los denigraban, y ante la burla, mientras les pedían, como en el caso de Cristo, que bajaran de la cruz. No fueron colocados en cómodo lecho ni alentados por amigos atentos, y considerando cuánto depende de la imaginación el poder depresivo del dolor, esta sola circunstancia separa de inmediato sus sufrimientos de los padecidos por cualquier enfermedad. El Dios invisible fue solamente su consolador, y esto reviste la escena de sus sufrimientos con majestad sobrenatural, y nos horroriza cuando pensamos en ellos. "Sí, aunque pase por valles tenebrosos, ningún mal temeré, porque Tú vas conmigo" (Sal 23,4). Un martirio es tiempo del especial poder de Dios para el ojo de la fe, tan grande como si un milagro fuera obrado visiblemente. Es asociación con los sufrimientos de Cristo, conmemoración de Su muerte, representación cumplida en figura "de lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia" (Col 1,24). Y así, siendo una augusta solemnidad en sí mismo, y un tipo de sacramento, de bautismo de sangre, completa meritoriamente esa larga y penetrante aflicción que he descrito como precursora en los tiempos primitivos.

He hablado solamente de los primeros mártires porque esta festividad me lleva a hacerlo, y además, porque aunque ha habido mártires desde entonces, desde el tiempo en que los reyes han sido padres protectores para la Iglesia, la historia de los confesores y mártires está tan implicada con las cuestiones de estado, que nosotros no podemos separar fácilmente su conducta del mundo en torno suyo, ni se nos da el poder conocerlos tan claramente. Aunque esta dificultad de discernimiento debería revestir su memoria de particular interés cuando podamos discernir, y su conexión con asuntos civiles, lejos de disminuir la elevada excelencia espiritual de estos verdaderos hijos de la Iglesia, en ciertos aspectos la acrecentará.

Para concluir, es útil reflexionar sobre temas tales como ese que ahora he puesto ante vosotros, en orden a humillarnos. "No hemos resistido todavía hasta derramar la sangre en nuestra

lucha contra el pecado" (Heb 12,4). ¿Qué son nuestros pequeños sufrimientos, de los cuales hacemos tanto alarde, comparados con los dolores y penas de los mártires, que perdieron sus amigos y luego sus propias vidas por la causa de Cristo, que fueron asaltados por toda clase de tentaciones, por la sofistería del Anticristo, los halagos del mundo, los terrores de la espada, el desgaste del suspenso, y aún así no desfallecieron? ¿Cuán por encima de los nuestros están sus sufrimientos y cuán por debajo sus consolaciones! Ahora bien, sé que tales reflexiones son elevadas inmediatamente y por una razón más profunda, al considerar los sufrimientos de Cristo mismo, pero comúnmente su santidad trascendente y su angustia profunda no nos afecta inmediatamente por su misma grandeza. Las resúmenes en pocas palabras y hablamos sin comprender. Por otro lado, algo nos elevamos hacia su comprensión, cuando hacemos uso de esa escalera celestial por la cual sus santos han caminado hacia El. Por la contemplación del menor de sus verdaderos siervos, y viendo cuánto nos ha superado cualquiera de ellos, aprendemos a temblar ante Su inefable pureza, que es infinitamente más santa que la más santa de sus criaturas, y a confesarnos con mente sincera de ser indignos de la menor de sus misericordias. Así nos llevan sus mártires a El, el principal Mártir y el Rey de los Santos.

¡Quiera Dios concedernos la gracia de recibir estos pensamientos en nuestros corazones, y mostrar su fruto en nuestra conducta! ¿Qué somos sino pecadores, polvo y cenizas, que se arrastran trepando al cielo, sin algún noble sacrificio por la causa de Cristo, sin dolor, sin tribulación, en medio de las bendiciones mundanas? Sí, pero El puede salvar en los senderos más humildes de la vida y en los tiempos más tranquilos. Hay suficiente por hacer en nuestro propia vida ordinaria, bastante más de lo que cumplimos. Luchemos para ser más humildes, fieles, misericordiosos, mansos, y abnegados, de lo que somos. "Crucifiquemos la carne con sus pasiones y apetencias" (Gal 5,24). Esto, estemos seguros, es penoso martirio, que Dios acepta por causa de Su Hijo. No obstante, después de todo, si llegamos al cielo, seremos seguramente los más pequeños de los santos allí reunidos, y si todos son siervos inútiles, nosotros seremos ciertamente los más inútiles de todos. ✎

EL AMOR A LOS FAMILIARES Y AMIGOS

Fiesta de San Juan Evangelista

Parochial and Plain Sermons, vol 2, V, pp 51-60

Predicado el 27 de diciembre de 1831

“Hijitos míos, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios” (1 Jn 4,7)

San Juan, el Apóstol y Evangelista, es principalmente y más conocido por nosotros como “el discípulo amado” por Jesús. Fue uno de los tres o cuatro que siempre asistieron a nuestro Santísimo Señor y tuvieron el privilegio de la relación más íntima con El, y más favorecido que Pedro, Santiago y Andrés, fue su entrañable amigo, como comúnmente decimos. En la cena solemne antes que Cristo padeciera, se sentó junto a El y se recostó sobre el pecho de Jesús. Así como los otros tres establecían comunicación entre la multitud y Cristo, así San Juan entre Cristo y ellos. En esa última cena, Pedro no se atrevió por sí mismo a preguntar a Jesús quién lo iba a traicionar, sino que pidió a Juan que lo hiciera. San Juan fue de este modo el amigo personal e íntimo de Cristo. También fue San Juan al que nuestro Señor encomendó a Su Madre, cuando estaba muriendo en la cruz. Y fue a San Juan a quien reveló en visión, después de su partida, las vicisitudes de Su Iglesia.

Mucho podría decirse sobre esta notable circunstancia. Digo notable, porque podría suponerse que el Hijo de Dios Altísimo no pudo haber amado a un hombre más que a otro, o que, también, si fue así, no habría tenido solamente un amigo, sino que siendo el Todo-santo, habría amado a todos los hombres más o menos en proporción a la santidad de ellos. Sin embargo encontramos que nuestro Salvador tenía un amigo particular, y esto nos muestra, primero, cuán enteramente hombre era, tanto como cualquiera de nosotros, en sus querer y afectos, y, segundo, que no hay nada contrario al espíritu del Evangelio, nada incompatible con la plenitud del amor cristiano, en tener nuestro afectos dirigidos de un modo especial hacia ciertos objetos, hacia aquellos que, por las circunstancias de

nuestra vida pasada o por algunas peculiaridades de carácter, se han hecho querer por nosotros.

Ha habido hombres antes de ahora, que han supuesto el amor cristiano tan difusivo como para no admitir concentrarse sobre individuos, de modo que deberíamos amar a todos los hombres igualmente. Y hay muchos que, sin presentar ninguna teoría, no obstante consideran prácticamente que el amor a muchos es algo superior al amor a uno o dos, y abandonan la caridad de la vida privada mientras se ocupan en proyectos de benevolencia expansiva o de unión general y conciliación entre cristianos. Ahora bien, aquí sostendré en oposición a tales nociones sobre el amor cristiano, y con el ejemplo de nuestro Salvador delante mío, que la mejor preparación para amar el mundo en general, y amarlo debida y sabiamente, es cultivar una íntima amistad y afecto hacia aquellos que están inmediatamente a nuestro alrededor.

El plan de la Divina providencia ha sido fundamentar lo que es bueno y verdadero en religión y moral, sobre la base de nuestros buenos sentimientos naturales. Lo que somos hacia nuestros amigos terrenales en los instintos y deseos de nuestra infancia, eso llegaremos a ser a la larga hacia Dios y el hombre en el campo extendido de nuestras obligaciones como seres responsables. Honrar a nuestros padres es el primer paso para honrar a Dios, amar a nuestros hermanos según la carne, el primer paso para considerar a todos los hombres nuestros hermanos. Por eso dice nuestro Señor que debemos llegar a ser como niños para ser salvados, llegar a ser en Su Iglesia, como hombres, lo que fuimos una vez en el pequeño círculo de nuestros hogares de juventud. Considerad cuántas otras virtu-

des están injertadas sobre nuestros sentimientos naturales. ¿Qué es la elevada mentalidad cristiana, la negación generosa de sí mismo, el desprecio a la riqueza, la paciencia en el sufrimiento, y la lucha seria por la perfección, sino un mejoramiento y transformación bajo la influencia del Espíritu Santo de ese natural índole de pensamiento que llamamos romántica? Por otro lado, ¿qué es el odio instintivo y la abominación del pecado (que poseen los cristianos confirmados), su insatisfacción consigo mismos, su refinamiento general, discriminación y cautela, sino un mejoramiento bajo el mismo Espíritu de su natural sensibilidad y delicadeza, temor al dolor, y sentido de la vergüenza? Han sido fortalecidos en el autogobierno por una disciplina adecuada, y ahora asocian un agudo sentido de incomodidad y disgusto ante la idea de pecar. Y así también, el amor a nuestros amigos cristianos y al mundo en general, es una nueva forma del amor a parientes y a amigos, que tiene esta utilidad, si no tuviera otra, de ser una rama natural en la cual es injertado un fruto espiritual.

Pero además, el amor a nuestros amigos íntimos es el único ejercicio preparatorio para el amor a todos los hombres. El amor a Dios no es la misma cosa que el amor a nuestros padres, aunque es paralelo a él, pero el amor a la humanidad en general debe ser en lo principal el mismo hábito que el amor a nuestros amigos, solo ejercitado hacia diferentes objetos. La gran dificultad en nuestros deberes religiosos es su extensión. Esto asusta y vuelve perplejos a los hombres, naturalmente, pero de modo especial a aquellos que han abandonado la religión por el momento, y que descubren todas sus obligaciones religiosas a la vez. Esta es, por ejemplo, la gran miseria de dejar el arrepentimiento hasta que el hombre está débil o enfermo, y no sabe cómo comenzarla. Ahora, la Providencia misericordiosa de Dios, en el curso natural de las cosas, ha estrechado para nosotros este gran campo del deber. Nos ha dado una clave. Tenemos que empezar por amar a nuestros amigos cercanos, y gradualmente ensanchar el círculo de nuestros afectos hasta encontrar a todos los cristianos, y luego a todos los hombres. Además, es obviamente imposible amar a todos los hombres en sentido estricto y verdadero. Lo que se entiende por amar a todos los hombres es sentirse bien dispuesto hacia ellos, estar listo para asistir-

los y actuar hacia los que pasan por nuestro camino, como si los amáramos. No podemos amar a aquellos de quienes nada sabemos, excepto que los veamos en Cristo como objetos de su expiación, es decir, más en la fe que en el amor. Y el amor, además, es un hábito, y no puede lograrse sin verdadera práctica, la cual es imposible en tal gran escala.

Vemos así que absurdo es cuando escritores (a la manera de algunos que desmerecen el Evangelio) hablan magníficamente acerca de amar a toda la raza humana con afecto completo, de ser amigos de

toda la humanidad, y cosas por el estilo. ¿En qué terminan esas afirmaciones jactanciosas? En que tales hombres tiene ciertos sentimientos benevolentes hacia el mundo, sentimientos y nada más, nada más que inestables sentimientos, el mero retoño de una imaginación indulgente que existe sólo cuando sus mentes son estimuladas y que seguro les abandonan en la hora de la necesidad. Esto no es amar a los hombres, sino hablar acerca del amor. El amor real del hombre debe depender de la práctica, y por eso debe comenzar por ejercitarse en nuestros amigos que nos rodean, pues de lo contrario no existirá. Tratando de amar a nuestros parientes y amigos, sometiéndonos a sus deseos aunque sean contrarios a los nuestros, cargando con sus enfermedades, superando su ocasional indocilidad con bondad,



El evangelista San Juan

insistiendo en sus excelencias, y tratando de imitarlas, es como formamos en nuestros corazones esa raíz de caridad que, aunque pequeña al principio, puede al final, como la semilla de mostaza, cubrir toda tierra con su sombra. Los vanos charlatanes sobre filantropía, recién mencionados, muestran usualmente la vacuidad de su profesión, al ser malhumorados y crueles en la relaciones personales de vida, a las que parecen considerar como asuntos indignos de su atención.

Muy diferente por cierto, muy diferente (si no es una irreverencia comparar tales soñadores con el gran Apóstol cuya memoria estamos hoy celebrando), totalmente el reverso de esta benevolencia ficticia, era su elevada y luminosa simpatía por todos los hombres. Sabemos que es celebrado por sus declaraciones acerca del amor cristiano. "Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios...Si nos amamos unos a otros Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud...Dios es amor y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él" (1 Jn 4, 7.12.16). Ahora bien, ¿empezó él con un esfuerzo enorme por amar en gran escala? No, él tuvo el inefable privilegio de ser amigo de Cristo. De este modo fue enseñado para amar a otros; primero su afecto se concentró, después se expandió. Luego tuvo el encargo solemne y reconfortante de cuidar a la Madre de nuestro Señor, la Santísima Virgen, después de su partida. ¿No distinguimos aquí las fuentes secretas de su amor especial a los hermanos? ¿Podría él, que fue favorecido primero con el afecto de su Salvador, quien luego le confió el oficio de hijo de Su Madre, ser otra cosa que un memorial y modelo (tanto como un hombre puede serlo) de amor profundo, contemplativo, ferviente, sereno, ilimitado?

Más aún, ese amor de amigos y parientes, que prescribe la naturaleza, es también útil para el cristiano, al darle forma y dirección hacia su amor por la humanidad en general, y hacerlo inteligente y perspicaz. Un hombre que comienza de buena gana por un amor general a todos los hombres, necesariamente los pone a todos en un mismo nivel, y en vez de ser cauto, prudente y simpatizar en su benevolencia, es inconsiderado y rudo; hace daño, quizás, cuando piensa hacer el bien, desalienta al virtuoso y bien intencionado y hiere los sentimientos del bondadoso. Los

hombres de mente ambiciosa y ardiente, por ejemplo, deseosos de hacer el bien a gran escala, están especialmente expuestos a la tentación de sacrificar el bien individual al general en sus planes de caridad. Los hombres mal instruidos, que tienen fuertes ideas abstractas acerca de la necesidad de mostrar generosidad y candor hacia los oponentes, olvidan a menudo tener algún pensamiento hacia los que están asociados con ellos, y comienzan su, así llamado, trato liberal con sus enemigos con una nada amable deserción de sus amigos. Este difícilmente puede ser el caso, cuando los hombres cultivan la caridad privada, como introducción a una caridad más amplia. Poniendo un fundamento de amabilidad social, insensiblemente aprendemos a guardar una adecuada armonía y orden en nuestra caridad, aprendemos que todos los hombres no están en un mismo nivel, que los intereses de la verdad y la santidad deben ser observados religiosamente, y que la Iglesia nos reclama ante el mundo. Podemos fácilmente afrontar ser liberales a gran escala, cuando no tenemos afectos que mantener en el camino. Aquellos que no se han acostumbrado a amar a sus prójimos a quienes ven, no tienen nada que perder o ganar, nada que sufrir o gozar, en sus más amplios planes de beneficencia. No tendrán interés en ellos por su causa; más bien se comprometerán en ellos porque la conveniencia lo pide, o gana crédito, o tienen una excusa para estar ocupados. De aquí también discernimos cómo es que la virtud privada es el único fundamento seguro de la virtud pública, y que ningún bien nacional debe esperarse (aunque aquí y allá pueda resultar), de los hombres que no tienen el temor de Dios delante de sus ojos.

He considerado hasta aquí el cultivo de los afectos domésticos como fuente del más extendido amor cristiano. Si el tiempo lo permite, debería ahora continuar para mostrar, además, que implican un ejercicio real y difícil del último. Nada es tan probable de engendrar hábitos de egoísmo, que es el opuesto directo y la negación de la caridad, como la independencia en nuestras circunstancias mundanas. Los hombres que no tienen ataduras con ellas, que no les llama su diaria simpatía y ternura, que no tienen el consuelo de nadie para consultar, que pueden moverse como les place, y que dan rienda suelta al amor a la variedad y a la comicidad sin descan-

so tan comunes a las mentes de muchos hombres, están situados muy desfavorablemente para obtener ese don celestial que es descrito en nuestra Liturgia como "el mismo vínculo de paz y de todas las virtudes". Por otro lado, no puedo imaginar ningún estado de vida más favorable para la práctica del elevado principio cristiano, y del maduro y refinado espíritu cristiano (es decir, donde las partes buscan realmente hacer sus deberes), que aquel de personas que difieren en gustos y carácter general, y están obligadas por las circunstancias a vivir juntas, y que acomodan mutuamente sus respectivos deseos y pretensiones. Y este es uno entre los muchos beneficios providenciales (para aquellos que los reciban) que brotan del santo estado del matrimonio, que no solo demanda los sentimientos más tiernos y bondadosos de nuestra naturaleza, sino que, donde las personas cumplen con su deber, debe ser de muchas maneras más o menos un estado de negación de sí.

Además, podría continuar considerando las caridades privadas que han sido mi tema, no solo como las fuentes y la disciplina del amor cristiano, sino más aún, como la perfección del mismo, y lo son en algunos casos. Los antiguos pensaron tanto acerca de la amistad, que la hicieron una virtud. Desde un punto de vista cristiano, no es tan así, pero es accidentalmente a menudo una prueba especial de nuestra virtud. Para considerar: digamos que este hombre y aquel, no vinculados por ningún lazo verdaderamente necesario, encuentran su placer más grande en vivir juntos; digamos que esto continúa por años y que cuanto más aman su mutua sociedad, tanto más tiempo la disfrutan. Ahora, observemos lo que esto implica. Los jóvenes, por cierto, se aman pronto unos a otros, pues son alegres e inocentes, ceden más fácilmente el uno al otro, y están llenos de esperanza; son tipos, como Cristo dice, de sus verdaderos conversos. Pero esta felicidad no dura; sus gustos cambian. Y los adultos, continúan por años como amigos, pero no viven juntos, y si algún accidente los lleva hacia alguna familiaridad por el momento, encuentran dificultoso refrenar sus temperamentos y mantenerse en buenos términos, y descubren que son mejores amigos a distancia. Pero ¿qué es lo que puede unir a dos amigos juntos en íntima relación durante el curso de años, sino la participación en algo que es Inmutable y esencialmente

Bueno, y qué es esto sino la religión? Solo los gustos religiosos son inalterables. Los santos de Dios continúan en un camino, mientras que las modas del mundo cambian, y una fiel amistad indestructible puede así ser una prueba para las partes que se aman mutuamente, teniendo el amor de Dios arraigado en los profundo de sus corazones. No una prueba infalible, ciertamente, pues pueden tener disposiciones notablemente iguales, o algún objetivo absorbente de este mundo, literario o de otra clase, pueden retraerse de la tentación de cambiar, o pueden tener una natural sobriedad de temperamento, que permanece satisfecho dondequiera se encuentre. Sin embargo, bajo ciertas circunstancias, es una señal vívida de la presencia de la gracia divina en ellos, y es siempre una suerte de símbolo de la misma, pues hay algo a primera vista de naturaleza virtuosa en la misma idea de constancia, siendo el disgusto por el cambio no sólo la característica de una mente virtuosa, sino en cierto sentido una virtud en sí misma.

Os he sugerido ahora un tema para pensar en la festividad de hoy, y seguramente un tema muy práctico cuando consideramos qué gran porción de nuestras obligaciones residen en el hogar. Si Dios nos llamara a predicar al mundo, seguramente deberíamos obedecer su llamado, pero al presente, hagamos lo que yace delante nuestro. Hijitos, amémonos los unos a los otros. Seamos mansos y bondadosos, pensemos antes de hablar, tratemos de mejorar nuestros talentos en la vida privada, hagamos el bien, no esperando retribución y evitando todo exhibicionismo delante de los hombres. Bien puedo exhortaros en este tiempo en el que últimamente hemos compartido el Santísimo Sacramento que nos une en el mutuo amor y nos da fuerza para practicarlo. No olvidemos la promesa que hicimos entonces ni la gracia que recibimos. No nos pertenecemos, hemos sido comprados con la sangre de Cristo, estamos consagrados para ser templos del Espíritu Santo, un privilegio inexpresable que es lo suficientemente pesado como para hundirnos por la vergüenza de nuestra indignidad, si mientras no nos fortaleciera por la ayuda que él mismo imparte para soportar su altísimo precio. ¡Que vivamos dignos de nuestro llamado y llevemos a cabo en nuestras propias personas las oraciones y declaraciones de la Iglesia por nosotros! 

LA MENTE DE LOS NIÑOS

Fiesta de los Santos Inocentes

Parochial and Plain Sermons, vol 2, VI, pp 61-68
Predicado el 28 de diciembre de 1833

“Os aseguro que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos” (Mt 18,3)

Cuanto más tiempo vivimos en el mundo, y cuanto más nos alejamos de los sentimientos y recuerdos de la infancia (y especialmente si nos alejamos de la vista de los niños), más razón tenemos para recordar la impresionante actitud y palabra del Señor, cuando llamó a un niño delante de El, lo puso en medio de sus discípulos, y dijo: “Os aseguro que si no os convertís y os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos”. Y para recordarnos este juicio de nuestro Salvador, la Iglesia, como maestra cuidadosa, nos llama año tras año sacándonos del bullicio y la fiebre del mundo, y con ocasión de la masacre de los inocentes que cuenta el Evangelio de San Mateo, nos pone delante una verdad en la que pensamos poco: moderar nuestros deseos y esperanzas de este mundo, nuestros elevados pensamientos ambiciosos, nuestros temores ansiosos, envidias y preocupaciones, por medio de la pureza, paz y contento que son características de los niños.

Independientemente del beneficio que nos resulta de esto, es justo encontrarnos para celebrar la muerte de los Santos Inocentes, pues fue una muerte bendita. Acercarse a Cristo y sufrir por El es seguramente un privilegio inexpresable, sufrir de cualquier manera, aún inconscientemente. Los niños que El tomó en sus brazos no eran conscientes de su condescendencia amorosa, pero ¿no fue un privilegio cuando los bendijo? Ciertamente esta masacre tuvo en sí naturaleza de sacramento, fue una prenda del amor del Hijo de Dios hacia los que fueron incluidos en ella. Todo el que se acercó a El, sufrió más o menos por aproximarse, como si el dolor y la tribulación terrenal salieran de El como alguna vir-

tud preciosa para el bien de las almas, y estos infantes entre ellas. Sin duda que Su misma presencia era un sacramento, cada movimiento, mirada y palabra Suya otorgaba gracia a aquellos que la recibían, y mucho más fue el compañerismo con El. Y por eso, en los tiempos antiguos tales asesinatos bárbaros o martirios eran considerados como una clase de bautismo, un bautismo de sangre, con un efecto sacramental del mismo, que surge en lugar del baño de regeneración prescrito. Consideremos a estos niños, en algún sentido mártires, y veamos qué instrucción podemos obtener del ejemplo de su inocencia.

Existe el gran peligro de volvernos indiferentes a medida que la vida continúa. Las aflicciones que tenemos, las preocupaciones y desencantos, todo tiende a embotar nuestros afectos y hacer insensibles nuestros sentimientos. Esa necesaria autodisciplina, que San Pablo urge practicar a Timoteo, tiende a lo mismo, y así también, la búsqueda de riquezas especialmente, y, mucho más, si los hombres transgreden tan abiertamente la palabra de Dios Todopoderoso como para rendirse a las tentaciones de sensualidad. El glotón y el borracho embrutecen sus mentes, como es evidente. Más aún, frecuentemente nos entusiasmos con la idea de llegar a ser personas más grandes y consideradas de lo que fuimos. Si tenemos prosperidad, por ejemplo, en asuntos mundanos, si ascendemos en lo que se llama escala social, si ganamos un nombre, si cambiamos nuestro estado al casarnos, o en cualquier otra forma, de modo de crear una secreta envidia en las mentes de nuestros compañeros, en todos estos casos estaremos expuestos a la tentación del orgullo. La deferencia que se da a la riqueza o al talento comúnmente hace artificial al poseedor, y difícil de alcanzar, dando

brillo a su pensamiento con un refinamiento espúreo que mata el sentimiento y la sinceridad. Ahora bien, después de todo, existe en muchas mentes humanas un secreto instinto de reverencia y afecto hacia los días de su niñez. No pueden evitar suspirar con pesar y ternura cuando piensan en ella, y lo hace bondadosamente nuestro Señor y Salvador para aprovechar, por así decir, este principio de nuestra naturaleza, y así como emplea todo lo que pertenece a ella, así hace con esto para dirigirlo a la verdadera salud del alma. Y lo hace debidamente la Iglesia, para seguir el mandato dado por su Redentor, santificando un día cada año para la contemplación de Su palabra y obra.

Si queremos conmover a una persona y hacerla humilde, ¿qué mejor que apelar a la memoria del tiempo pasado y sobre todo a su niñez? Fue entonces que salió de las manos de Dios, con todas las lecciones y pensamientos del Cielo recién impresos en él. ¿Quién puede decir cómo Dios hace el alma, o cómo la renueva? No lo sabemos. Sabemos que, además de su parte en la obra, entra en el mundo con la mancha del pecado, y que aún la regeneración que remueve la maldición, no extirpa la raíz del mal *. Creada en cielo o infierno, ¿quién nos dirá cómo habita en ella el pecado de Adán junto con el hálito de vida, y cómo el Espíritu? Pero sí sabemos muy bien, por la memoria de nosotros mismos y nuestra experiencia de niños, que existe en la mente infantil, en los primeros años de su estado regenerado, un discernimiento del mundo invisible en las cosas que se ven, un darse cuenta de lo que es Soberano y Adorable, y una incredulidad e ignorancia acerca de lo que es transitorio y cambiante, que la marcan como el emblema adecuado del cristiano maduro cuando es separado de las cosas temporales y vive en la íntima convicción de la Presencia Divina. No quiero decir, por supuesto, que el niño tenga un principio formado en su corazón, hábitos de obediencia, o verdadero discernimiento entre lo visible y lo invisible, tal como Dios promete como recompensa por causa de Cristo a quienes llegan a la edad del juicio. Nunca debemos olvidar que, a pesar de su nuevo nacimiento, el mal está dentro suyo, aun-

que sólo en semilla **, pero que tiene este gran don: parece haber salido recién de la presencia de Dios y no entender el lenguaje de esta escena visible, o cómo es una tentación, cómo es el velo que se interpone entre el alma y Dios. La simplicidad de los modos e ideas de un niño, su prontitud en creer todo lo que se le dice, su amor ingenuo, su confianza franca, su confesión de desamparo, su ignorancia del mal, su incapacidad para ocultar sus pensamientos, su contento, su pronto olvido del problema, su admiración sin codicia, y, sobre todo, su espíritu reverencial que mira todas cosas que lo rodean como maravillosas, como indicios y tipos del Invisible, son todas evidencias de ser, por así decir, un visitante reciente en un estado más elevado de las cosas. Quisiera solo tener una persona que reflexionara sobre la seriedad y temor reverencial de un niño cuando escucha cualquier relato o descripción, o también, la libertad que muestra ante ese espíritu de orgullosa independencia que se descubre en el alma a medida que el tiempo pasa. Y aunque, sin duda, los niños son generalmente de naturaleza débil e irritable, y no son todos igualmente amables, aún así sus pasiones vienen y se van como un chaparrón, y no interfieren con la lección que podemos obtener para nuestro provecho de su fe pronta y su candor.

La distinción con que la conciencia de un niño le dice la diferencia entre el bien y el mal debe ser también mencionada. A medida que las personas avanzan en la vida, y ceden a las tentaciones que vienen sobre ellas, pierden ese talento original y están obligadas a ir a tientas por la mera razón. Si deliberan sobre actuar de este modo o de aquél, y existen muchas consideraciones del deber e interés involucrados en la decisión, se sienten totalmente perplejos. Realmente, y verdaderamente, no por propia decepción, sino realmente, no saben cómo deben actuar, y están obligadas a argumentar y a tener gran cantidad de sufrimientos para llegar a una conclusión. Y todo eso, en muchos casos al menos, porque han perdido por pecar una guía que tenían originalmente de Dios. De aquí que San Juan, en la lectura de hoy, hable de los siervos inmaculados que "siguen al Cordero dondequiera que vaya" (Apo. 14,4). Ellos tienen la mente de niños y pueden por la luz interior decidir cuestiones de deber inmediatamente, sin molestarse con la perplejidad de argumentos discordantes.

* Newman, todavía deudor de la teología protestante sobre la justificación, no expresa aun claramente el efecto de la regeneración bautismal, que realmente quita de raíz el mal santificando verdaderamente al pecador, aunque sí quede la tendencia al pecado por la concupiscencia.

** ídem.



La matanza de los Santos Inocentes. Mosaico del arco triunfal de Santa María la Mayor (Roma).

En lo que se ha dicho, ha estado implícito qué impresionante es el ejemplo que nos da la mente de un niño de lo que podría llamarse un temple eclesial. Cristo así lo ha deseado, para que debamos llegar a la Verdad, no por ingeniosas especulaciones, razonamientos o investigaciones propias, sino por la enseñanza. La Santa Iglesia ha sido establecida desde el comienzo como un solemne hecho religioso, por llamarlo así, como una pintura, una revelación del mundo venidero, como la misma dispensación cristiana, y por eso es, en un sentido, el testigo de su propia divinidad, como lo es el mundo natural. Ahora bien, aquellos que en primer lugar reciben sus palabras, tienen las mentes de niños que no razonan sino que obedecen a su madre, y aquellos que desde el principio las rechazan, claramente no alcanzan a ser niños, por esa confianza en su propio poder de llegar a la verdad, en vez de las informaciones que les vienen de afuera.

En conclusión, solo os recordaré la diferencia entre el estado de un niño y el de un cristiano maduro, aunque esta diferencia es casi demasiado obvia para ser señalada. San Juan dice, "Quien obra la justicia es justo, como El es justo", y también, "Todo el que obra la justicia ha nacido de El" (1 Jn 3,7 ; 2,9). Ahora bien, es claro que un niño inocente no tiene participación en esta bendición más alta. Es solo un tipo de lo que al final será completado en él. La principal belleza de su mente está meramente en su superficie, y cuando al pasar el tiempo intente actuar, como es su deber hacerlo, desaparecerá

instantáneamente. Es solo mientras es aún niño que se parece al agua tranquila que refleja el cielo. Entonces, no debemos lamentar que nuestros años juveniles hayan pasado, ni suspirar por los recuerdos de puros placeres y contemplaciones que no podemos hacer volver. Más bien, lo que éramos cuando niños es una santa insinuación dada para nuestro consuelo, de lo que Dios hará de nosotros, si entregamos nuestros corazones a la guía de Su Espíritu Santo, una profecía del bien futuro, una prefiguración de lo que será pleno en el cielo. Y por eso es que un niño es una promesa de inmortalidad, porque lleva sobre sí una figura de aquellas excelencias altas y eternas en las que consiste el gozo celestial, y que no serían así prefiguradas por el Creador bondadoso si un día no se hubieran de realizar. De acuerdo a esto, nuestra Iglesia, para la lectura de esta Fiesta, elige la descripción que hace San Juan de los santos en la gloria (Apo. 4 ; 5 ; 14, 1-5).

Como un día nosotros reinaremos con ellos, aprendamos en este mundo de la mente de los niños, como el mismo Apóstol lo describe : "Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad". "Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor". (1 Jn 3,18 ; 4, 7-8)

*Introducción y traducción
del P. Fernando M. Cavaller*

Newman y la teología

Lic. Silvia Rodríguez Quiroga
Servidora

Introducción¹

Los maestros de la fe han sido un don de Dios providente: es un inapreciable beneficio penetrar en su universo de comprensión y expresión de la verdad y bien que los captaron íntegros, santificándolos y fecundándolos. Es el caso de John Henry Newman, que posee como dones una profunda fe, la investigación de la verdad, la caridad docente y el celo pastoral. Se trata de alguien frente a quien disponerse dialogalmente, interpelados y educados por él... "Cor ad cor loquitur".²

Newman aporta un impulso para la Iglesia –siempre necesitada de evangelización– a partir de su genio "(...) caracterizado por una profunda honestidad intelectual, fidelidad a la conciencia y a la gracia, piedad y celo sacerdotal, devoción a la Iglesia de Cristo y amor a su doctrina, confianza incondicional en la divina Providencia y absoluta obediencia a la voluntad de Dios".³

En el seno de la confesión anglicana y luego de su plena incorporación a la Iglesia católica, desarrolla una intensa acción como sacerdote y hombre de cultura. Es característica su aguda consideración de los movimientos religiosos, de las problemáticas culturales y de la psicología de la fe. El siglo XIX había perfilado una religión sentimental, despojada de verdad objetiva, y una religión sin misterio, fe ni dogma. Subjetivismo y racionalismo fueron sus frentes, y mientras peregrinó en la Iglesia hizo lo posible por aportar la luz de la verdad, con gran trabajo intelectual y en un espíritu de profunda comunión. La Iglesia reconocía en él la máxima: "In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas".

Por estas razones, deseo explicitar algunos



de sus rasgos personales y doctrinales, que son relevantes para la Teología, la presencia evangelizadora de la Iglesia en la cultura y el ecumenismo.⁴ Busco poner este estudio newmaniano en afinidad con el Nuevo Milenio, en un sincero "sentire cum Ecclesia".

1. Newman escritor

La personalidad e itinerario intelectual y religioso de Newman sintetizan su veneración por la verdad y su reflexión iluminada por la fe y por razones humanamente adquiridas. El descubrir ciertas verdades lo condujo a decisiones vitales y a escribir profusamente. Él fue personalmente un discípulo fiel de la verdad: "Mi deseo ha sido tener la verdad como la amiga más querida y ningún enemigo salvo el error".⁵

Es un desafío para nosotros el afrontar su pensamiento, ya que implica un desarrollo en el seno de un proceso espiritual más abarcador y se encuentra expandido en obras numerosas. Éstas forman un multifacético conjunto (filosofía religiosa, temas teológicos, historia eclesial, patrística, actualidad y literatura) que dificulta la presentación global de sus ideas filosóficas y teológicas.⁶

Por su formación, Newman carece de los métodos y lenguaje de los teólogos católicos de su época. Sus procedimientos varían de acuerdo a la obra, pero además manifiestan su naturalidad para la franca discusión, debido, quizás a que la tradición inglesa siempre estuvo viva en él, con su sentido de tolerancia, índole práctica, horror al dogmatismo, libre espíritu de investigación y expresión, temperamento británico.⁷

La teología y filosofía que elabora difieren de las continentales, unitarias, deductivas y sistemáticas. Su cuño es de estilo patrístico, y responde a los métodos del comentario, aplicación a la vida, polémica y epistolar. No presenta un cuerpo de pensamiento orgánico sino una redacción atomizada, surgida de las circunstancias, sin plan de conjunto y con pocas obras sistemáticas. Sin embargo, el ser un escritor ocasional no significa en Newman "improvisación", pues su estilo redaccional es de envergadura, la lógica es impecable y el desarrollo está nutrido de gran ilustración. A esto se debe que el lector necesite conocer el sustrato existencial y cultural de las obras para apreciarlas.⁸

2. Newman teólogo

Para presentar aquí a Newman teólogo ha sido una sólida guía el perfil que esboza "La vocación eclesial del teólogo":⁹ "(...) (el teólogo) tiene



Hans Urs von Balthasar, el teólogo suizo, fallecido en junio de 1988

la función especial de lograr, en comunión con el Magisterio, una comprensión cada vez más profunda de la palabra de Dios contenida en la Escritura, inspirada y transmitida por la tradición viva de la Iglesia".¹⁰

Esta ha sido la senda de Newman, vitalmente y en sus obras, como "siervo bueno y fiel" de Cristo y la Iglesia, que legó un pensamiento y espiritualidad alimentados de las fuentes teológicas, especialmente escriturarias y patrísticas. Newman es un maestro en la valoración de la Iglesia a la luz del pasado esencial, vivificante del presente, ya que el Pueblo de Dios peregrina hacia la verdad plena a través de la enseñanza, el culto y la vida ligados intrínsecamente. De este modo, sus escritos se plasman en el "humus" de las fuentes: la Escritura y la Patrística, la historia eclesial, la tradición teológica y litúrgica. Su profundo respeto por los Padres se funda en la admiración por su penetración en la revelación, su santidad y su celo pastoral. Experimentó un particular influjo por parte de Clemente y Orígenes, absorbiendo la visión alejandrina.¹¹

En el artículo "Teología y santidad" de H. U. Von Balthasar, encontramos un análisis valioso para comprender a Newman como teólogo, puesto que se describe al "teólogo en sentido pleno" como aquel que integra la santidad y el ser "dogmático". Los Padres, se afirma allí, se convirtieron en columnas porque "representaron en su vida la plenitud de la doctrina y en su doctrina la plenitud de la vida de la Iglesia". Recibie-

ron del Espíritu el "caminar en la verdad" orientado al ministerio de transmitir la revelación "escuchada" y "caminada". Sólo así los fieles la "reconocieron" en sus doctores, al verlos "caminar en la verdad". Esta unidad ha capacitado a los grandes doctores para ser pastores en los primeros siglos: vida, enseñanza y pastoreo no conocieron división en los Padres. Fueron "personalidades totales", "teólogos totales" porque "teólogos santos".¹² En base a este análisis, no sólo vemos a Newman admirando a los Padres, sino que nos encontramos pudiendo admirarlo a él...que está de rodillas ante el misterio. Ha sido un teólogo orante, en el estilo de los Padres, a quienes por su santidad y celo tanto admiraba.

La hermenéutica newmaniana ofrece las claves de la Escritura y de la consideración histórica en su mirada sobre la Iglesia y el mundo.¹³ Respecto a la historia, vemos que su reflexión está siempre unida a la historicidad concreta y orientada a vivificar la Iglesia: es la suya una teología que exhorta a la concientización, a la fidelidad teórica y existencial, personal e institucional, carismática y ministerial. Newman no mira la Iglesia primitiva como modelo unívoco ni extático, sino como raíz original y que se expande en la Iglesia, siendo el parámetro que debe animar los cambios de sus miembros e instituciones para la fidelidad en el presente.

El liberalismo racionalista y el protestantismo subjetivista habían arrasado del Anglicanismo la concepción de la Iglesia como continuación de la de los Padres, heredada de los Apóstoles. La Iglesia experimentó una radical transformación en el siglo XIX y el Anglo-Catolicismo estaba atascado en estos movimientos. Newman fue gestor de principios de solución y previsor de cambios, con gran sensibilidad histórica. De hecho, el mismo Newman no se convirtió por influencia de los apologistas, sino que se fue convenciendo de la verdad del Catolicismo por las "mudas lecciones de la historia".¹⁴

Otro rasgo de la teología newmaniana es que no se enfrenta solamente a la verdad inmutable, sino a las nuevas situaciones, con una actitud comprometida y realista ante sociedad e Iglesia. La Teología contribuye así a iluminar la realidad temporal, acrecentando la comprensión de la palabra de Dios, de las instituciones divinas y aún de la vida del mundo.¹⁵

También el desarrollo del dogma es un hilo que recorre su pensamiento. La verdad es don y responsabilidad de la Iglesia toda, mediante la contemplación y estudio de los fieles y el Magisterio, asistidos por el Espíritu.¹⁶ Newman basa su investigación, redacción y enseñanza en el "don de la verdad hecho por Dios a su Pueblo" peregrino, liberándolo de la desorientación y la inmanencia.¹⁷ La palabra liberadora está mediada por los maestros de la fe, por las distintas vocaciones y carismas, cuya misión es conservar y transmitir el "don de la verdad": es la función profética de la Iglesia, sacramento del Maestro y Verdad, ungida por el Espíritu con el sentido sobrenatural de la fe, guiada por el pastoreo episcopal y dotada del carisma de la reflexión teológica.¹⁸

Newman es un maestro en armonizar la "fides", "intellectus fidei" y "caritas" teologal-pastoral. Sus escritos, pasos vitales, ánimo orante, integridad moral y energía misionera surgen de la contemplación religiosa. Nada hay en él de la soberbia racionalista o cientificista, apatía, hipocresía, relativismo, reduccionismos y reivindicaciones utilitaristas de su entorno ni del presente. La teología surge de la obediencia al mandato misionero de Jesús y responde al dinamismo de la razón, indagadora de lo que acepta por fe, para creer con creciente lucidez en Aquél que nos ama y amamos.¹⁹

Y, puesto que "(cada teólogo) está llamado a intensificar su vida de fe y a unir siempre la investigación científica y la oración",²⁰ la oración de Newman es un capítulo especial del libro de su vida. El encarna su expresión: "Those who are trained carefully according to the precepts of Scripture, gain an elevation, a delicacy, refinement and sanctity of mind, which is most necessary for judging fairly of the truth of Scripture."²¹

Newman-teólogo es ante todo un creyente. La verdad revelada está en armonía con la aptitud metafísica de la inteligencia para su penetración -dentro de los límites que el misterio ofrece- asumiendo elementos de la filosofía, las ciencias, la cultura. Se trata de una ardua tarea, cuyo discernimiento último está en la verdad revelada, no en los instrumentos analíticos.²² En efecto: "(El teólogo) debe discernir en sí mismo el origen y las motivaciones de su actitud crítica y dejar que su mirada se purifique por la fe. El

quehacer teológico exige un esfuerzo espiritual de rectitud y de santificación".²³

El cardenal Newman amó la soledad interior, con conciencia de la transitoriedad del mundo, del misterio que impregna lo visible. En sus creaturas, Dios está presente, pero más aún en la intimidad.²⁴ Desde su juventud lo colmó el religioso deseo de la soledad con Dios, poblado de aspiración al infinito, y no se sentía nunca menos solo que cuando oraba.²⁵ Siendo católico, continuó en esta línea, fiel a sus devociones, a la oración vocal y mental, y con sabrosos diálogos con el Señor al predicar. De la abundancia de su corazón surge la redacción de sus "Devotions" y tesoros como "Lead, Kindly light" (1833). Sus obras denotan aguda observación de la conciencia psicológica y moral. Le es connatural describir y discernir su intimidad, porque debe respetar la voz de Dios en el clamor incontenible del corazón, sin importar adónde conduce esta escucha, si mediada por la verdad objetiva. La verdad modeló su vida porque él tuvo el vigor moral de respetarla.

Vemos en la espaciosa interioridad de Newman un mundo de amor por las personas y verdades de la fe, las luces de la conciencia, la percepción del Misterio envolvente y anonadante, una notable capacidad introspectiva, analítica del pecado y la obra de la gracia, rasgos que se seguía indefectiblemente del impulso de evangelizar a todos. La caridad con su familia, opositores, alumnos, amigos, maestros, parroquianos y obispos, era la expansión de un corazón rebosante. Su oblación, dudas, esperas, humillaciones e incomprendimientos sufridos, la muerte de los queridos, enfermedad y vejez...siempre dejan entreverlo de rodillas ante el Crucificado o ante el Señor eucarístico.

Tenía enorme respeto y gusto por la Biblia, cuidando a un tiempo la interiorización personal y la voz de la Iglesia para interpretarla, especialmente en la Tradición patrística y litúrgica. Nadie más ajeno al libre examen, la exaltación protestante y pietismo anti-intelectual. La Escritura era su alimento, pero acompañada del "dogma" como principio de objetividad contra el espejismo sentimental religioso.²⁶ Newman encarna esa actitud "mariana" a que está llamado el teólogo: meditación cordial de la palabra de Dios, de su designio, para prestar el servicio del anuncio al Pueblo de Dios.²⁷

Hay en Newman-teólogo una enorme audacia, radicada en una atención profunda a la verdad y en un piadoso sentido de obediencia al Magisterio. Bien se le aplican las palabras: "La recta conciencia del teólogo católico supone consecuentemente la fe en la palabra de Dios, pero también el amor a la Iglesia de la que ha recibido su misión y el respeto por el Magisterio asistido por Dios. (...) una concepción correcta de la teología y de la misión del teólogo."²⁸

Newman muestra marcada capacidad de atender a las posiciones con las que difiere y de comprender su sensibilidad, su contenido ideológico y sus consecuencias. Se "encuentra" con sus adversarios en la polémica, con sinceridad, para llegar a lo verdadero y no al acuerdo.²⁹ Aplicando esto a la actitud ecuménica, la Iglesia pondera: "(...) con su vida y con su trabajo el Cardenal Newman ilumina el camino ecuménico que hemos emprendido por obediencia a la voluntad de Cristo. Su vida y testimonio nos proporcionan hoy un recurso vital para comprender y hacer progresar el movimiento ecuménico".³⁰

3. El origen de su pensamiento teológico

Varios fueron los factores del origen de su teología, algunos han sido motivos histórico-culturales inmediatos, desencadenantes de su reflexión y predicación, como su preocupación por la Iglesia Anglicana. Otros motivos se debieron a su formación patrística, especialmente alejandrina y de ciertos padres latinos, cuño de muchos puntos de sus ideas.³¹

Son también factores explicativos su cultura histórica, bíblica y humanística. De fundamental peso fue su tradición anglicana, que valoraba la doctrina, autoridad y sucesión apostólica, la Escritura y la liturgia, confesaba el Credo y respetaba la Patrística. El Anglicanismo no suscribía a los reclamos ni actitudes del Protestantismo, salvo en algún punto de doctrina y gobierno inficionado de sus tendencias.

El Movimiento de Oxford fue significativo para su producción teológica, al ser un renacimiento de la tradición católica dentro del Anglicanismo, en el contexto político-religioso de 1833 a 1845. El Movimiento buscaba recrear el Anglicanismo según la Iglesia original, apostólica y episcopal, la fidelidad a los Concilios Ecuméni-

cos y los Padres, la autonomía eclesiástica con respecto al Estado, la renovación litúrgica, la vida comunitaria, la santificación y la elaboración teológica interna del Anglicanismo.³²

La vida de Newman se enmarca entre el liberalismo, que desvinculaba de la sobrenaturalidad cristiana³³ y el evangelismo, que divorciaba la fe de la objetividad doctrinaria y sacramental, reduciéndola al juicio privado y la afectividad.³⁴ La preocupación por el rumbo que ambas tendencias hacían tomar a su Iglesia es génesis del "principio dogmático" y "sacramental" en su reflexión sobre la Iglesia verdadera.³⁵

La situación anglicana era débil, e inconsistente su teología. Las tendencias de la comunión anglicana -High, Low y Broad Church- confundían a laicos y clérigos sobre las verdades fundantes. El Estado incidía en la decisión eclesiástica más que la dirección episcopal. Las interpretaciones de la religión anglicana se tomaban de la Iglesia Romana, se establecían por oposición, o se abandonaban por sospecha de romanización. Había posiciones anticatólicas o indiferentes, desentendidas de la revigorización del Anglicanismo. Los clérigos aceptaban la sobreprotección política, el fijismo histórico-político-religioso, la cultura racionalizante, separaban la misión cristiana de lo temporal y los fenómenos sociales desencajaban su capacidad pastoral.³⁶

En este marco, su investigación histórica y teológica lo llevaron a la convicción de que - pese a sus falencias- la Iglesia Católica de Roma era la de Cristo. Se abocó al análisis de su unidad, apostolicidad, catolicidad y antigüedad, y la certeza de sus conclusiones sobrepasó las premisas.³⁷ Su conversión fue por lealtad a la Iglesia apostólica, a la que ya pertenecía desde hacía mucho, en lo más hondo del alma.³⁸

Su tarea pastoral y docente ha sido también un factor de su caudal teológico. Los Sermones Parroquiales eran de matriz bíblica, sin interés polémico-apologético, ni erudito. Exponían las verdades de la fe según el tiempo litúrgico. Mostraban preocupación por sus fieles, que debían recibir esperanza, conformación con Cristo y compromiso en la caridad, ya que la religión es camino de santidad. Los Sermones Parroquiales estaban cargados de valores teo-cristocéntricos y antropológico-morales. En el contexto universitario, su predicación intentaba formar la conciencia sobre la base del acto religioso objetiva-

mente fundado y moralmente exigente. Fueron lección de armonía entre pensamiento y fe, naturaleza y gracia, deber y creencia, filosofía y teología, religión y cultura.³⁹

4. Algunos puntos particulares de su teología:⁴⁰

En la concepción religiosa de Newman, el encuentro entre el hombre y Dios se da, ante todo, en la conciencia, donde se reconoce la existencia de Dios como indisoluble de la percepción del propio "yo".⁴¹ En la conciencia se conoce el pecado y se recibe la liberación. Dios justo y salvador se relaciona con el pecador con la condición de su obediencia, expresión de la fe auténtica.

El dictamen interior se orienta por una voz más clara, y la conducta moral se sostiene en las virtudes sobrenaturales. El Cristianismo es una religión objetiva, si bien no meramente externa sino interior. Newman articula genialmente la antropología con la gracia y con los medios objetivos, sacramentales, es decir, la subjetividad creyente con la mediación objetiva.

La Iglesia es necesaria para salvar al hombre de la inseguridad de su conciencia y de su debilidad moral. Por su sentido personalista de la Iglesia, Newman la ve como una relación de encuentro entre Dios y sus hijos, de modo que no es ante todo un sistema o institución, sino una reunión familiar de gracia y salvación. La santidad es esencial en esta existencia, y así lo institucional, lo dogmático, lo sacramental, la autoridad, tienen como fin la perfección evangélica de la persona, según el llamado de cada uno a la santidad.

El aspecto espiritual de la Iglesia es el reinado del Señor resucitado, dador de gracia y vida eterna para quienes creen en El. Cristo media su dispensación de perdón y santidad por acciones y realidades visibles, como la predicación y la teología, el ministerio sacramental, la atención pastoral, el gobierno, las tareas ejercidas por todos los fieles. La verdad y la gracia que dispensa el Salvador dependen del Espíritu a través de los órganos eclesiales de su Cuerpo místico-visible.

La Iglesia visible es presencia personal de Cristo, que se encarna en la historia y el mundo, en el sistema o institución, en los corazones, entre sombras y dones reales y por medio de un

orden instrumental de santificación. El Cristianismo no es una religión representativa, de recuerdo o simbolismo, sino que Jesús-vivo está en las Escrituras, miembros, ritos, templos, servicios, doctrina, teología, gobierno, liturgia: estos traducen sensiblemente su intercesión y donación de gracia invisible a través del velo de los ritos.

La Iglesia, que es Comunión de los Santos, también está conformada por principios interiores e invisibles, que implican la presencia del Resucitado y su Espíritu: la gracia, la vocación-elección-respuesta, la virtud-conducta-diaconía, la profecía-testimonio-martiría, la oración-leitourgia, la vida eterna, María y los fieles de la Iglesia celeste.

El Espíritu Santo está en la Iglesia, su obra amada y primera.⁴² Desde Pentecostés es "el Don" de Cristo a su Esposa para colmarla de sabiduría y potencia, de fecundidad y perfección, de diversidad y unidad: es la verdad interior de la sociedad visible, exterior e histórica, que se presenta como Iglesia. El Espíritu configura como "cuerpo" la multitud de los cristianos.

Pese a tantas limitaciones, la Iglesia es el Reino de Dios, que actualmente procede de la trascendente santidad trinitaria, de Cristo plorioso, su Cabeza, y de las "gloriosas dispensaciones" del Espíritu.⁴³ Así como no es posible desconocer sus pecados, tampoco su prodigiosa permanencia a pesar de persecuciones y cismas, la inmutabilidad de sus verdades, sus santos, su caridad. Sin embargo, por sus faltas, debe renovarse para llegar a ser imagen de su Fundador, Esposo y Cabeza. Sin ello, no podrá ser vehículo, signo y garantía de la unión de los hombres con Dios y entre sí.

La Iglesia es peregrina, como Cristo antes de su Pascua, y debe pasar por la experiencia de la cruz, sin la cual no habría semejanza con El. El sufrimiento la hace signo de ser su Esposa, su Cuerpo, que comparte su destino. Los cristianos trabajan, son humillados y perseguidos, viven en la sombra de la fe, mientras los alienta la esperanza y los fortalece Dios. Ser Reino de Cristo es tener su ideal de santidad junto con nuestras miserias, a la espera de la gloria. Por la vida de la gracia, la escatología ya ha comenzado, pero se anuncia como plenitud aún no otorgada.

En cuanto a la Virgen, ella le inspira gran devoción, es su Madre, la de la Iglesia, su ejemplo

y compañera. Ser párroco de Saint Mary en Oxford avivó esta devoción, dedicándole inolvidables prédicas. Como católico adquirió un más delicado y fuerte amor filial, y dedica páginas selectas a María, como su carta a Pusey.⁴⁴

La visión sacramental newmaniana –derivada del antes comentado punto de la influencia alejandrina– implica una visión de las realidades del mundo y de la Iglesia en que lo creatural es manifestación e instrumento asumido por Dios para la obra de su gracia. Esto implica una metafísica positiva, una cosmovisión creacional y una cristología, las tres abiertas a la escatología. Además, esto integra la multiplicidad de aspectos de la Iglesia y trae consecuencias prácticas en la vida del cristiano. La redención y la gracia son, con respecto a lo natural, el camino de su dignificación y de la realización de sus fines últimos.

El "principio sacramental" muestra a un tiempo la bondad de Dios y la insuficiencia del mundo natural, amenazado de inconsistencia si se lo considera cerrado en sí mismo. El mundo es bueno pero provisorio, es una escala hacia lo escondido y más alto de la realidad, donde está la plenitud. La creación es símbolo y lenguaje que habla de Dios y por el que Dios se comunica y obra. Este es el aspecto instrumental-creatural de las diversas mediaciones y de la Iglesia como conjunto.

En síntesis, su visión teológica se puede condensar en el "principio sacramental" y el "principio dogmático". Según los elementos desglosados, el primero expresa la armonía entre lo visible e invisible que la economía divina despliega en la historia salvífica hasta la encarnación, y desde Pentecostés, en la comunicación de la verdad y la gracia a través de estructuras visibles. El principio "dogmático" está en íntima relación con el "sacramental" y lo complementa: la plena comprensión del mundo y la religión sobrenatural se basan en la autoridad reveladora de Dios y en la función doctrinal de la Iglesia, entre los demás oficios que Cristo le dio, para entender y asimilar su palabra de salvación.⁴⁵ ✠

NOTAS:

1. Este artículo procede de una adecuación del texto de la CONFERENCIA ofrecida en la PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA ARGENTINA "SANTA MARIA DE LOS BUENOS AIRES". 7º ENCUENTRO NEWMANIANO. 22-24/10/1996. BUENOS AIRES.

2. Su lema cardenalicio.

3. Cf. Juan Pablo II. Mensaje a los Obispos de Inglaterra. L'Osservatore Romano del 1/6/79. Págs. 6 y 10.

4. Esta vastedad de su aporte la reflejan los numerosos estudios publicados, congresos newmanianos, alocuciones papales y su proceso de canonización. Ha ejercido influencia -quizás aún poco explícita- sobre la Teología, la teoría de la educación y el Vaticano II, entre otras cosas.

5. Newman, J.H. "The Via Media". Vol.I. Pp. XII-XIII.

6. Para tener el panorama de sus obras: Cf. Tristram, H. - Bacchus, F. "Newman (John Henry)". En Dictionnaire de Théologie Catholique. Vacant, A.- Mangenot, E. Librairie Letouzey et Ané. París, 1922. Col. 327-398, especialmente col.354-385.

Los escritos de Newman fueron: en 1825-26 "The miracles of Scripture compared with those reported elsewhere as regards their nature, credibility and evidence". Desde 1830 sus sermones parroquiales y universitarios, sobre temas eclesiales y de relación con lo temporal, bajo los títulos de "Parochial and Plain Sermons", "University Sermons" y "Sermons bearing on the subjects of the day". Entre 1833 y 1843 dirige y elabora los "Tracts for the Times" del Movimiento de Oxford. De sus "Lectures" en Santa María de Oxford (1837-38) surgen dos obras: el primer volumen de "The Via Media": "Lectures on the Prophetic Office of the Church viewed relatively to Romanism and Popular Protestantism" y "Lectures on the doctrine of justification". En 1833: "The Ariens of the fourth century". "The Church of the Fathers" (1833-1836) fue publicado en "Historical Sketches" II.

En los años anteriores a su conversión (1845) escribe "The miracles of ecclesiastical history compared with those of Scripture, as regards their nature, credibility and evidence" (1842-43) y "An Essay on the Development of Christian Doctrine" (1845). Sus obras se inician con "Advertisements" en todas las ediciones, que son pequeños tratados (como el "Preface" a "The Via Media", en la reedición de 1877).

El segmento católico de la producción newmaniana abarca en parte obras aún "anglicanas", por constituir reagrupaciones de temas elaborados entonces: "Essays critical and historical" (1871) e "Historical sketches" (1872). Como obras "católicas" se entienden: "Loss and gain; the story of a convert" (1848), "Discourses addressed to mixed congregations" (1849), "Lectures on certain difficulties felt by Anglicans in submitting to the catholic Church" (1850), "Lectures on Catholicism in England" (1851), "Discourses on the Scope and Nature of University Education" (1852), "Sermons preached on various occasions" (1857, republicado en 1874), "Lectures and essays on University Subjects" (1858), "Apología pro vita sua. History of my religious opinions" (1865), "An essay in aid of a grammar of Assent" (1870), "A Letter addressed to his Grace the Duke of Norfolk on occasion of Mr. Gladstone's recent Expostulation" (1875). El Preface de 1877 a "The Via Media".

7. Cf. Guitton, J. "La philosophie de Newman". Introduction. Pág. XVII.

8. Cf. Ibid. P.g. XVI-XX.

9. Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe. Instrucción sobre "La vocación eclesial del teólogo", nn. 1 a 11; 40 y 42.

10. Ibid. n.6.

11. Estos textos son elocuentes sobre su pasión por los Padres de la Iglesia: "Resta por mencionar otra fuente de mis ideas religiosas (...) mi antigua devoción a los Padres (...) comencé a leerlos cronológicamente (...) Newman, J.H. "Apología pro vita sua". Pág.23;

"Comencé a considerar que la antigüedad era la verdadera fuente de las doctrinas de la cristiandad y la base de la Iglesia anglicana." "(...) aquel poder lleno de juventud y vigor del que leña en los primeros siglos. En su celo triunfante por este misterio primitivo, al que había profesado tanta devoción desde mi juventud, reconocí el movimiento de mi Madre espiritual. 'Incessu patuit dea'. La renuncia de sus ascetas, la paciencia de sus mártires, la irresistible resolución de sus obispos, el ímpetu gozoso de su marcha me exaltaban a par que me abatían." Ibid. Pág.28.

12. Cf. Von Balthasar, H. U. "Ensayos Teológicos". Vol.I. "Verbum Caro". Madrid, 1964. Págs. 235-268.

13. Cf. Magill, G. "Newman's personal reasoning. The inspiration of the Early Church". The Irish Theological Quarterly 58 (1992) 304-313. Pueden sumarse otras categorías analíticas de su epistemología y método de interpretación de lo real: convergencia, economía, desarrollo y misterio.

14. Cf. Guitton, J. "La philosophie de Newman". Introduction. Pág. XV.

15. Cf. Juan Pablo II. Mensaje al Obispo de Birmingham en el centenario de la muerte de Newman. L'Osservatore Romano, 12/8/96. Pág.2.

16. Cf. Vaticano II. Constitución "Dei Verbum" n.8.

17. Cf. Instrucción cit. Cap. I.

18. Cf. Vaticano II. Constitución "Lumen Gentium", n.12.

19. Cf. Instrucción cit., nn. 6 y 7.

20. Ibid. n.8.

21. Cf. Newman, J.H. "Parochial and plain Sermons". Vol.VIII. Sermon "Inward Witness to the Truth of the Gospel". Pág.114.

22. Cf. Instrucción cit., n. 10.

23. Ibid. n.9.

24. "El mundo exterior, físico e histórico, no es más que una manifestación para nuestros sentidos de realidades más grandes que este mundo"; "Two only absolute and luminously self-evident beings, myself and my Creator". Cf. Newman, J.H. "Apología pro vita sua". Pág.5.

25. Cf. "Cardinal Newman. Itinéraire." Textes traduits et introduits par l'Abbé Francis Hermans. París, 1952. P.g. 24s. También cf. Honoré, J. "The spiritual Journey of Newman". New York, 1992. Págs. 215-224.

26. "Desde los quince años el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. (...) religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla (...) yo tenía confianza en la verdad de cierta enseñanza religiosa definida, basada sobre los cimientos del dogma, a saber: que hay una Iglesia visible, con sacramentos y ritos que son los canales de la gracia invisible. Yo pensaba que esta era la doctrina de la Escritura, de la primitiva Iglesia y de la Iglesia anglicana. En este punto tampoco he cambiado de opinión". Newman J.H. "Apología pro vita sua" Pág.42-44.

27. Cf. Instrucción cit. nn.40-42.

28. Cf. Instrucción cit. n.38.

29. Cf. Guitton, J. "La philosophie de Newman". Introduction. P. XXIV-XXV.

30. Cf. Juan Pablo II. Mensaje al Obispo de Birmingham en el centenario de la muerte de Newman. L'Osservatore Romano, 12/8/96. Pág.2.

31. La concepción de lo visible de la Iglesia, Escritura y sacramentos, la dimensión misteriosa de lo real, la interpretación de Biblia y de la historia como prefiguración-realidad, promesa-cumplimiento cristocéntricos dependen de la influencia de Clemente Alejandrino y de Orígenes. Elementos como el orden jerárquico episcopal o petriano, el sentido de iglesia local en relación a la universal y la sede de Roma, provienen de Ignacio, Justino y Cipriano. Cf. Newman, J. H. "Apología pro vita sua". Págs. 23, 24, 25, 43, 48, etc.

32. "Yo deseaba dar forma a una Iglesia anglicana viva, con posición propia y principios bien definidos, en la medida en que esto podía hacerse escribiendo, con una predicación seria e influyendo sobre otros hasta lograrlo; una Iglesia viva, de carne y hueso, con voz, con fisonomía, con movimiento y acción y voluntad propia". Newman, J. H. "Apología pro vita sua", pág. 61.

33. Cf. Newman, J. H. "Apología pro vita sua". P.g. 27 a 31, 42-43, 225s.

34. Es el tema de "The prophetic office of the Church". Vol. I.

35. "Con la Iglesia establecida, así dividida e ignorante de su verdadera fuerza, comparaba yo aquel poder lleno de juventud y vigor del que leña en los primeros siglos (...), reconocí el movimiento de mi Madre espiritual. 'Incessu patuit dea'. La renuncia de sus ascetas, la paciencia de sus mártires, la irresistible resolución de sus obispos, el ímpetu gozoso de su marcha me exaltaban a par que me abatían. (...) Sin embargo, siempre tenía ante los ojos que había algo más grande que la Iglesia establecida, y ello era la Iglesia católica y apostólica, instituida desde el principio, de la que aquella sólo era la presencia y órgano local. Si no era esto, no era nada. Había que tratarla con firmeza, o estaba perdida. Era necesaria una nueva reforma." Newman, J. H. "Apología pro vita sua", pág. 18.

36. Cf. Newman, J.H. "The Via Media of the Anglican Church." Vol.I. "Introduction". Basil Montagu Pickering. London, 1877. Págs.1-25.

37. "Llegué paso a paso a ver que la Iglesia anglicana estaba formalmente en el error, y la Iglesia de Roma formalmente en la verdad; no había pues razones válidas para continuar en la Iglesia anglicana, ni objeciones válidas para no pasar a la romana. Nada tenía ya que aprender. Lo que aún faltaba para mi conversión no era ya cambiar de opinión, sino transformar la opinión misma en la claridad y firmeza de una convicción intelectual." Newman. J. H. "Apología pro vita sua". Pág. 158-159.

38. Cf. Cognet, L. "Newman ou la recherche de la vérité". Desclée. París, 1967. P.g.204.

39. Cf. Bouyer, L. "La Iglesia de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo". Cap. VIII. Studium. Madrid, 1973. También cf. Tristram, H. - Bacchus, F. "Newman (John Henry)". En Dictionnaire de Théologie Catholique. Vacant, A.- Mangenot, E. Librairie Letouzey et Ané. París, 1922. Col.354-355.

40. Las ideas que siguen proceden de Sermones Parroquiales, compendios de textos y estudios monográficos.

41. "Y si se me pregunta por qué creo en Dios, respondo que porque creo en mí mismo, pues me parece imposible creer en mi propia existencia (y de este hecho estoy completamente cierto), sin creer también en aquel que vive en mi conciencia como un ser personal que todo lo ve y lo juzga. (...) Newman. J.H. "Apología pro vita sua". Pág. 137.

42. Cf. Newman, J. H. "Parochial and plain Sermons". Sermon XVIII "The Gift of the Spirit".

43. Cf. Ibid. Págs. vs.

44. Cf. Proponemos: De Lutgart Govaert: "Kardinal Newmans Mariologie, und seipersonlicher Werdegang". Roma, 1975. De Giovanni Velocci: "Maria. Lettere, Sermoni, Meditazioni." Págs.7-54. Milano, 1993.

45. Cf. Newman, J.H. "Apología pro vita sua". Págs.17,24,42,58, etc.

“ ¡Apártame de aquí ! Quiero estar lejos,
sepultarme en la hondura
de un noche cerrada a los reflejos
de luz, pero segura,
donde sufra la pena merecida,
donde me purifique en esperanza
con un canto de amor y de alabanza,
hasta que llegue el alba estremecida
de la resurrección, y en ella sea
posible verlo al fin...¡y al fin lo vea ! ”

(El sueño de Geroncio, VI)